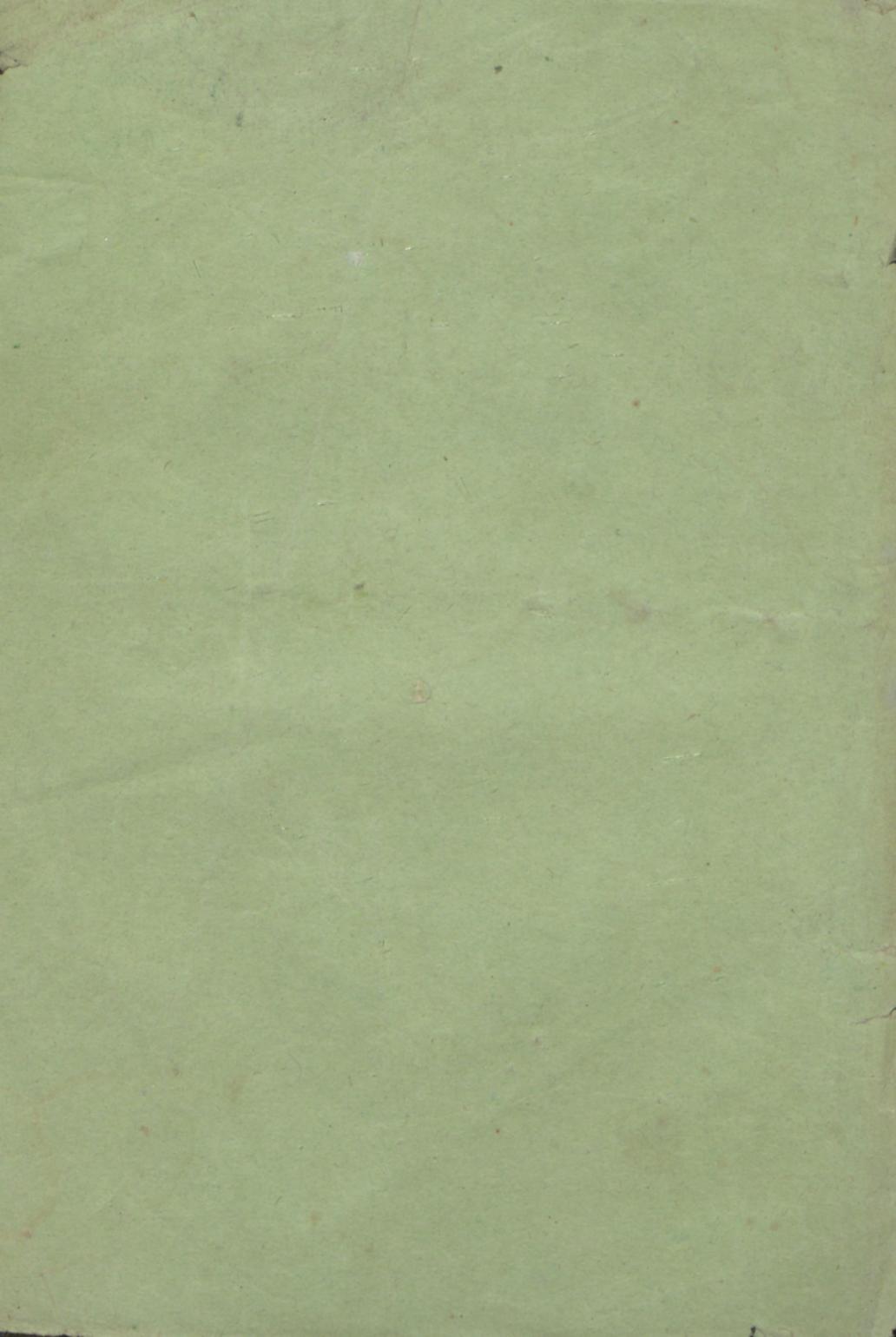


Seville

ANT

XIX

1272/3



15 cm. R. 47.490
PALABRAS



DE

C. Hijo

UN CREYENTE.

POR

F. de Castelnais.



SEVILLA.

IMPRENTA NACIONAL.

—
1851.

WALLACE

DR.

ON GREYVANTE.

103

— 96 —

REVISED
IMPRINT AT

1851



Palabras
DE
UN CREYENTE.

I

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. *Amen.*

Gloria á Dios de las alturas, y paz en la tierra al hombre de buena voluntad.

Que él que tenga oídos escuche: que el que tenga ojos los abra y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado al Hijo, su palabra, su verbo, y el verbo se ha hecho carne, ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede de él y del Padre, y que es su mútuo amor: vendrá y renoverá la faz de la tierra, y será como una segunda creación.

Hace diez y ocho siglos que el verbo depositó la divi-

na semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han probado sus frutos, frutos de árbol de vida plantado de nuevo en su pobre morada.

Os lo digo: grande fuè la alegría del hombre cuando vió parecer la luz, y se sintió penetrado de un fuego celestial.

Pero ahora la tierra se ha vuelto tenebrosa y fria.

Nuestros padres han visto declinar el Sol: cuando se ocultó bajo el horizonte toda la naturaleza humana se estremeció.

Despues sobrevino en esta noche un no sé que, que no tiene nombre. Hijos de las tinieblas, hácia poniente reina la obscuridad, pero al Oriente empieza á alborear.

II.

Aplicad el oido, y decidme de donde nace ese ruido vago, confuso, extraño, que se oye por todas partes.

Aplicad vuestra mano sobre la tierra, y decidme porque se ha estremecido.

Alguna cosa que no podemos definir se conmueve en el mundo: esto es obra de un Dios.

¿Hay un solo hombre que no esté alerta? ¿hay un corazón que no late?

Hijo del hombre, sube á la cumbre, y anuncia lo que ven tus ojos.

Veó el horizonte ceñido de una nube lívida, que se termina en un resplandor rojizo como el reflejo de un incendio.

¿Qué otra cosa ves, hijo del hombre?

Veó encrespase las olas del mar, y retremblar las cimas de los montes.

Veó á los rios cambiar su curso; veó desplomarse las montañas, y rellenar los profundos valles.

Todo se conmueve, todo se estremece, todo cambia

de aspecto.

¿Que otra cosa ves , hijo del hombre ?

Veó à lo lejos torbellinos de polvo que cruzan en todas direcciones , se chocan , se mezclan y se confunden. Pasan sobre las ciudades , y despues que han pasado , no queda sino un árido desierto.

Veó sublevarse los pueblos , y temblar los monarcas sobre sus troncos. La guerra entre ellos es una guerra à muerte.

Veó un trono , dos tronos derrocados , y à los pueblos que destrozan sus trozos sobre la tierra.

Veó un pueblo que combate como combatió el Arcàngel Miguel contra Satanás. Sus golpes son terribles , pero se halla desnudo , y su enemigo está cubierto con una fuerte armadura.

¡O Dios ! ya cae ; el golpe ha sido mortal. No , herido está solamente. Maria , la Virgen madre , lo cubre con su manto , y con una dulce sonrisa lo saca por algunos momentos del combate.

Veó à otro pueblo luchar sin descanso y tomar à cada momento nuevas fuerzas en esta lucha. Este pueblo lleva sobre su corazon la insignia de Cristo.

Veó à otro pueblo que sus reyes huellan con los pies. Cada vez que intenta hacer un movimiento sus puñales se sepultan en su pecho.

Veó sobre un vasto edificio , y à una altura enorme , una cruz que apenas distingo porque esta cubierta con un velo negro.

¿Que otra cosa ves , hijo del hombre ?

Veó turbarse el Oriente : sus habitantes , al ver como se desploman sus antiguos palacios , y como se reducen à polvo sus añosos templos , levantan los ojos al Cielo como para buscar otras grandezas y otro Dios.

Veó una muger hàcia el Occidente. Su mirada es alta-nera , serena su frente. Traza con mano firme un ligero

surco en la tierra, y por todas partes donde penetra su arado veo levantarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cánticos.

Veó hácia el setentrion una raza de gentes en cuyas cabezas no queda sino un resto de calor que las trastorna. Pero el Cristo las toca con su cruz, y su corazon comienza de nuevo á latir.

Veó hácia el medio dia otras razas abatidas por no se que maldicion: pero el Cristo las toca con su cruz, y al punto levantan sus cabezas, inclinadas con el enorme peso del yugo que las oprinia.

¿Que otra cosa ves, hijo del hombre?

No responde: volvamos á preguntarle.

¿Que otra cosa ves, hijo del hombre?

Veó huir á Satanás, y al Cristo que viene á reinar rodeado de sus ángeles.

III.

Y mi espíritu se trasportó á los tiempos remotos, y la tierra era hermosa, rica y fecunda, y sus habitantes vivian felices porque vivian como hermanos.

Y vi que la serpiente se deslizaba entre ellos; fijó sobre algunos su mirada penetrante, y sus almas se conmovieron, y se acercaron, y la serpiente les habló al oido.

Y cuando hubieron escuchado sus palabras se levantaron y dijeron: nosotros somos reyes.

Y el sol perdió su brillo, y la tierra se cubrió de un velo fúnebre semejante á aquel con que se envuelven los cadáveres.

Y se oyó un murmullo sordo, un quejido profundo, y todos los corazones se estremecieron.

En verdad, os digo: este dia fué como aquel en que

rompió sus diques el abisino, y reventó el dilubio de las grandes aguas.

El Miedo pasó de cabaña en cabaña porque entonces aun no habia palacios, y á cada habitante dijo cosas misteriosas que le hicieron estremecer.

Y los que habian dicho; Nosotros somos reyes, se armaron de una hacha y siguieron al Miedo de cabaña en cabaña.

Y allí pasaron misterios estraños: hubo cadenas, llantos y sangre.

Los hombres espantados exclamaron: el crimen ha vuelto aparecer en el mundo; y no dijeron mas porque el Miedo habia sobrecogido sus almas y entorpecido sus brazos.

Y se dejaron cargar de cadenas, ellos, sus mugeres y sus hijos; y los que habian dicho: nosotros somos reyes, ahondaron una profunda caverna, y encerraron en ella toda la raza humana, al modo que se encierran los animales en un establo.

Y la tempestad iba disipando las nubes, y retumbaba el trueno, y oí una voz que decia: La serpiente ha venido segunda vez, pero no para siempre.

Despues ya no oí sino gritos confusos, risas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que el reino de Satanàs habia de preceder al reino de Dios; y mis ojos se arrasaron de lágrimas y esperé.

Y la vision que tuve era cierta, porque el reino de Satanàs se ha cumplido, y el reino de Dios se cumplirá tambien, y la serpiente y aquellos que dijeron: nosotros somos reyes, seran encerrados á su turno en la caverna, y la raza humana saldrá, y aquel dia será para ella como una nueva existencia, como un paso de la muerte á la vida. *Amen.*

IV.

Vosotros sois todos hijos de un mismo padre, y un mismo pecho os ha criado á todos; ¿porque pues no os amais como hermanos, y porque os tratais mas bien como enemigos?

El que no ama á su hermano es maldecido siete veces, y el que se hace enemigo de su hermano es maldecido siete veces setenta.

He aqui porque han sido maldecidos los Reyes, los Príncipes, y todos aquellos que el mundo llama grandes. Ellos no han amado á sus hermanos, y los han tratado como enemigos.

Amaos unos á otros, y no temereis á los grandes, ni á los príncipes, ni á los reyes.

Si os oprimen, es porque no estais unidos, porque no os amais como hermanos.

No digais: aquel es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo; porque todos los pueblos han tenido un mismo padre sobre la tierra que es Adán, y tienen el mismo padre en el cielo que es Dios.

Si un miembro es herido, todo el cuerpo padece. Vosotros formais un solo cuerpo: no puede oprimirse á uno de vosotros que no queden oprimidos los demas.

Si un lobo entra una vez en un redil, no devora de una vez todo el ganado; comienza por devorar un carnero; despues, cuando vuelve á sentir el hambre, devora otro, y asi hasta el último, porque el hambre siempre renace.

No hagais como los carneros, que cuando el lobo ha devorado uno de ellos se espantan un momento, y luego vuelven á pacer creyendo que se contentará con uno ó con dos, y pensando entre sí; ¿que me importa á mi? así tendré mas yerba.

Os digo en verdad que los que así piensan estan destinados para servir de pasto á las fierás que se alimentan de carne y sangre.

V.

Cuando veis conducir un hombre á la càrcel ó al suplicio , no os adelanteis à decir : Este es un perverso que ha cometido un crimen contra la sociedad.

Porque acaso será un hombre honrado que habrá querido hacer un bien á la sociedad , y que por eso es castigado por sus opresores.

Cuando veais un pueblo cargado de cadenas , no os adelanteis á decir : Este pueblo es un pueblo turbulento que ha querido turbar la paz de la tierra.

Porque acaso es un pueblo mártir que muere por la salud del género humano.

Hace diez y ocho siglos que un pueblo de Oriente los pontífices y los reyes de aquellos tiempos clavaron en una cruz , despues de haberle azotado con manojos de mimbre , á un sedicioso , á un blasfemo , como ellos le apellidaban.

Su muerte causó un gran terror en el infierno , y el cielo se llenó de alegría:

Porque la sangre del justo habia salvado el mundo.

VI.

¿ Porque razon cada animal encuentra el alimento que conviene à su especie ? porque ninguno de ellos toca lo que pertenece á otro , contentándose cada uno con aquella porcion que basta para su sustento.

Si una abeja dijese á la colmena : toda la miel es mia , y que quisiese disponer á su arbitrio del fruto del trabajo comun , ¿ qué seria de las otras abejas ?

La tierra es como una gran colmena, y los hombres son las abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porcion de miel necesaria á su subsistencia; y si entre los hombres hay quien carezca de este necesario, es porque la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es vida, y es así mismo vida la caridad, y una vida mas dulce y abundante.

Ha habido falsos profetas que han persuadido á algunos hombres que todos los demas no habian nacido sino para servirles; y lo que estos hombres han creido, los demas lo han creido tambien bajo la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta mentira prevaleció, los àngeles lloraron en el cielo, porque creyeron que muchas violencias, y muchos crímenes, y grandes males iban á inundar la tierra.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios solo, y el que diga lo contrario blasfema.

Que el que pretenda ser el mayor entre vosotros sea criado vuestro, y que el que quiera ser el primero entre vosotros sea criado de todos.

La ley de Dios es una ley de amor, y el amor no pretende superioridad sobre los demas sino que se sacrifica por los demas.

El que dice en su corazon: Yo no soy como los demas hombres, sino que los demas hombres han nacido para mi, para que yo les mande, para que yo disponga de ellos á mi gusto; el que tal dice es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de todos los que así piensan y obran, y que los que así piensan y obran por consejo suyo se han hecho dueños de este mundo.

Pero su imperio tiene un término señalado, y este término se acerca,

Un gran combate sobrevendrá, y el angel de la justicia, y el angel del amor combatiran al lado de los que se hayan arinado para restablecer entre los hombres el reino de la justicia y el reino del amor.

Y muchos morirán en este combate, y su nombre subsistirá sobre la tierra como un destello de la gloria de Dios.

Por esto los que padeceis, alentaos; fortificad vuestro corazon, porque mañana será el dia de prueba, el dia en que cada uno deberá derramar con alegria su sangre por rescatar á sus hermanos; y el dia siguiente será el el dia de la libertad.

VII.

Si un arbol está solo, el viento sacude sus ramas y hace caer sus hojas; y sus ramas, en lugar de elevarse, se inclinan como si besasen la tierra.

Si una planta está sola, no hallando abrigo contra los rayos del sol, se marchita, se seca, y al fin muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder lo abate hácia la tierra, y el ardor de la codicia de los grandes de este mundo absorve la sustancia que debia alimentarle.

No esteis pues solos como el árbol y la planta; unios, apoyaos unos con otros, y amparaos mutuamente.

Mientras esteis desunidos, mientras cada uno no piense sino en sí propio, no teneis que esperar sino padecimientos, infortunios y opresion.

¿Ecsiste algun ser mas debil, mas inermé que el estornino ó la golondrina? Sin embargo, cuando aparece el ave de rapiña, las golondrinas y los estorninos consiguen rechazarla, uniendose á su alrededor y persiguiendola todas á la vez.

Que la golondrina y el estornino os sirvan de ejemplo.

Al que se separa de sus hermanos le persigue el temor cuando camina, se siente á su lado cuando descansa, y no le deja ni aun cuando duerme.

Asi pues, si se os pregunta: ¿Cuantos sois? contestad: uno, porque nosotros y nuestros hermanos no formamos mas que uno.

Dios ha formado de una misma masa los poderosos y los débiles, los amos y los esclavos, los reyes y los vasallos; en nada ha distinguido unos de otros; todos somos pues iguales al nacer.

Pero no lo somos despues: algunos están dotados de mas fuerza, mas talento, mas audacia; y estos son los que tratan de sujetar á los otros cuando el orgullo y la ambicion sofocan en sus pechos el amor fraternal.

Y Dios sabia que asi habia de suceder; y por esto mandó á los hombres amarse entre sí, á fin de que viviendo unidos no fuesen oprimidos los débites por los fuertes.

Porque aun cuando uno sea mas fuerte que otro, quizás no será mas fuerte que dos, y aun cuando sea mas fuerte que dos, quizá lo será menos que cuatro; y de este modo los débiles no temerán si todos se unen y aman entre sí.

Un hombre viajaba por la montaña, y llegó á un parage en donde una enorme roca desprendida de la cima ocupaba todo el camino, y no se podia pasar por la derecha ni por la izquierda.

Así es que este hombre, creyendo que no podia seguir su camino, trató de remover la roca para abrirse paso, y se cansó mucho, y fueron inútiles sus esfuerzos.

Y viendo esto se sentó lleno de angustia, pensando ¿que será de mi cuando llegue la noche y me sorprenda en esta soledad, sin abrigo, sin alimento, sin armas para defenderme contra las bestias feroces que salen á aquellas horas para buscar su presa?

Y estando absorto en este pensamiento llegó otro viajero y se pnsó á hacer lo que habia hecho el primero y no pudiendo tampoco mover la roca, bajó la cabeza y se sentó sin decir palabra.

Y despues llegaron otros viajeros, y ninguno pudo mover la roca, y todos estaban sobrecojidos ds terror.

Por fin, uno de eltos dijo: Hermanos, roguemss á nuestro padre que está en los cielos, acaso se compadecerá de nosotros.

Y todos convinieron gustosos, y rogaron de corazon al Padre que está en los cielos.

Y cuando habian rogado, aquel que habia dicho: roguemos, dijo: Hermanos mios, ¿quien sabe si hariamos todos juntos lo que cada uno no ha podido hacer por si solo?

Y se levantaron, y todos á un tiempo se pusieron á empujar la roca, y la roca cedió, y siguieron en paz su camino.

El hombre es el viajero; la vida es el viaje; y la roca significa las miserias que á cada paso halla en el camino.

Ninguuo es capaz de remover por si solo esta roca; pero Dios ha proporcionado su peso de modo que jamas pueda detener á los que viajen unidos.

XIII.

En el principio el hombre no necesitaba trabajar para vivir; la tierra le ofrecia sus frutos sin necesidad de cultivo.

Pero el hombre pecó; y como se habia rebelado contra Dios, la tierra se rebeló contra él.

El hombre se vió como el hijo que se rebela contra su padre: el padre le priva de su amor y le abandona á sí mismo, y los criados de la casa rehusan servirle, y tie-

ne que ir buscando acá y allá su pobre vida, y comiendo el pan que ha ganado con el sudor de su rostro.

Desde aquel tiempo Dios condenó el hombre al trabajo, y todos han de trabajar corporal ó mentalmente; y aquellos que dicen yo no trabajaré, son los mas miserables.

Porque así como los gusanos devoran un cadaver, así los vicios los devoran á ellos, y si no son los vicios, es el fastidio.

Y cuando Dios dijo: que el hombre trabaje, ocultó un tesoro en el trabajo, porque Dios es padre, y el amor de un padre jamas se estingue.

Y el que emplea bien este tesoro, y no lo disipa como un insensato, consigue al fin el tiempo del descanso, y entonces vive como el hombre vivia en el principio.

Y Dios dió tambien este precepto á los hombres: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros hay fuertes y hay débiles, hay robustos y hay enfermos, y no obstante todos deben vivir.

Y si así lo haceis, todos vivirán, porque recompensaré la caridad que ejercereis con vuestros hermanos, y haré fecundo vuestro sudor.

Y lo que Dios prometió se ha cumplido siempre, y jamas faltó pan à aquel que ha ayudado à sus hermanos.

Sucedió pues que en aquel tiempo hubo un hombre perverso y maldito del Señor, y este hombre era fuerte y aborrecia el trabajo; de modo que pensó entre sí ¿que haré? si no trabajo me moriré, y el trabajo me es insoportable.

Entonces le vino un pensamiento infernal: sorprendió durante la noche algunos de sus hermanos que dormian, y les cargó de cadenas.

De este modo, pensó, los obligaré, con el látigo y el azote, á que trabajen para mi, y yo viviré de su trabajo.

E hizo lo que habia pensado, y otros al ver esto, hi-

cieron otro tanto, y no hubo ya hermanos, no hubo sino amos y esclavos.

Este fué un dia de luto para toda la tierra.

Mucho tiempo despues hubo otro hombre mas perverso que el primero, y mas maldito del Señor.

Viendo que los hombres se habian multiplicado por todas partes, y que su muchedumbre era innumerable, dijo entre sí:

No me es dificil encadenar algunos y obligarlos à trabajar para mí; pero tendré que mantenerlos, y esto disminuirá mis ganancias. Hagamos otra cosa: que trabajen de balde, es cierto que se morirán; pero como son tantos, me enriqueceré antes que se conozca su disminucion, y siempre quedarán bastantes.

Habia vivido hasta entonces aquella multitud con el salario de su trabajo.

Hecho pues aquel mal pensamiento, se llegó á algunos en particular y les dijo: Trabajais seis horas, y se os da una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganareis dos monedas, y así lo pasareis mejor vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

En seguida les dijo: No trabajais sino la mitad de los dias del año; ¿porque no trabajais todos los dias, y ganareis el doble?

Y tambien le creyeron.

Sucedió pues, que habiendose sin necesidad aumentado el trabajo de más de una mitad, la mitad de los que antes vivian trabajando, no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre perverso á quien habian creído les dijo; yo os daré trabajo para todos con condicion que habeis de trabajar el mismo tiempo por la mitad del jornal que ganabais, porque yo deseo socorreros; pero

no quiero arruinarme.

Y como tenían hambre ellos, sus mugeres y sus hijos, aceptaron la proposición del hombre perverso, y le bendijeron, porque decían, nos da la vida.

Y continuando en engañarlos del mismo modo, el hombre perverso les iba aumentando el trabajo, y disminuyendo siempre el salario.

Y morían de necesidad, y otros corrían á reemplazarlos, porque la miseria había llegado á tal grado en el país que familias enteras se vendían por un pedazo de pan.

Y el hombre perverso que había engañado á sus hermanos, juntó mas riquezas que el que los había encadenado.

El nombre de este último es Tirano: el otro no tiene nombre sino en los infiernos.

IX.

Vivís en este mundo como extranjeros.

Id al norte y al mediodía, á oriente ó á occidente, en todas partes hallaréis un hombre que os dirá: salid de aquí, este campo es mio.

Y cuando hayais corrido el mundo, os volveréis con el desconsuelo de saber que no hay rincón en la tierra donde podáis decir: este campo es mio: aquí podrá mi esposa dar á luz el primer fruto de nuestro amor; aquí descansaré por las noches; aquí mis hijos podrán dar sepultura á mis huesos.

¡Gran miseria por cierto!

Mas no por esto os aflijais, porque está escrito por el que salvó el género humano:

» La zorra tiene su cueva, el pájaro su nido; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza »

Si vino pobre al mundo, fué para enseñar á soportar la pobreza.

Y no es porque la pobreza venga de Dios, sino que es una consecuencia de la corrupcion y estregados apetitos de los hombres; así es que siempre habrá pobres.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen lleva en sí todo hombre; y de la esclavitud, cuyo germen lleva en sí toda sociedad.

Siempre habrá pobres, porque el hombre jamas arrojara de sí el pecado.

Pero se disminuirá el número de los pobres porque poco á poco desaparecerá la esclavitud de la sociedad.

¿Quereis destruir la pobreza? tratad de destruir el pecado en vos y en los demas, y la esclavitud en la sociedad.

No creais poder destruir la pobreza, tomando lo que pertenece á los demas; pues, haciéndolos pobres, aumentareis el número de los pobres.

Todos tienen derecho á conservar lo que poseen; de lo contrario nadie poseeria cosa alguna.

Pero tambien tienen todos derecho á adquirir con su trabajo lo que les falta; de lo contrario la pobreza seria eterna.

Impedid pues que se pongan trabas á vuestro trabajo y á vuestros brazos; y la pobreza entonces no será sino una escepcion que Dios permitirá para recordaros la debilidad de vuestra naturaleza, y el mútuo amor y ayuda que os debeis unos á otros.

X.

Y vi los males que afligen á los hombres: oprimido el débil, el justo mendigando su sustento: el perverso colmado de honores y embriagado de riquezas; condenado el inocente por jueces inicuos, y sus hijos errantes sobre la tierra.

Y al modo que un líquido se derrama por todas partes en una vasija quebrada, asi huia la esperanza de mi al-

ma, haciendo lugar á la tristeza.

Y Dios me envió un profundo sueño.

Y en sueño ví como una forma luminosa que se presentaba delante de mí, un Espíritu cuya mirada dulce y penetrante escudriñaba hasta el fondo de mi corazón.

Y me estremecí, no de temor, no de alegría, sino de una sensación como si fuese una mezcla inesplicable de uno y otro.

Y el Espíritu me dijo: ¿porqué estás triste?

Y respondí llorando: ¡Oh ved los males que afligen á la tierra.

Y la vision celeste se sonrió con una sonrisa inefable, y llegaron á mis oídos estas palabras:

Tus ojos lo ven todo al través de esa atmósfera engañadora que las criaturas llaman tiempo. El tiempo es sólo para tí; para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba porque nada comprendía.

Mira, me dijo de repente el Espíritu.

Y sin que hubiese ya para mí pasado ni futuro, ví en un solo momento todo lo que los hombres en su idioma lánguido y pobre llaman pasado, presente y porvenir.

Y todos estos tiempos se confundieron, pero no obstante para explicar lo que ví, me es preciso volver al abismo del tiempo, y usar el lenguaje pobre y lánguido de los hombres.

Y toda la especie humana me pareció como un solo hombre.

Y este hombre habia hecho muchos males y pocos bienes, habia sufrido mucho y gozado poco.

Y estaba allí envuelto en su miseria sobre una tierra tan pronto helada como abrasada, flaco, hambriento, dolorido, postrado á una languidez interrumpida con convulsiones, y oprimido con el peso de sus cadenas forjadas en las cavernas infernales.

Su mano derecha la habia enredado en su mano iz-

quiera, y la izquierda la habia enredado con la derecha; y en su sueño convulsivo todo su cuerpo se habia enredado en ellas de tal modo que por todas partes le oprimian.

Porque al momento que le tocaban se agarraban á su piel como plomo derretido, introduciéndose en sus carnes para no salir mas.

Y dije entre mí: he ahí el hombre.

Y he aquí que viene un rayo de luz del oriente, un rayo de amor del mediodia; y un rayo de fuerza del septentrion..

Y estos tres rayos se unieron en el corazon de aquel hombre.

Y cuando salió el rayo de luz, dijo una voz; Hijo de Dios, hermano del Cristo, sabe lo que debes saber.

Y cuando salió el rayo de amor, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que debes amar.

Y cuando salió el rayo de fuerza, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que debes hacer.

Y cuando se hubieron unido los tres rayos, se unieron tambien las tres voces, formando una voz sola que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo sirve á Dios, y no sirvas sino á él solo.

Y entonces lo que me habia parecido un solo hombre me pareció una multitud de pueblos y de naciones.

Y mi primera vision no me habia engañado, asi como no me engañaba tampoco.

Y aquellos pueblos y naciones, incorporándose en el lecho del dolor, principiaron á decirse unos á otros:

¿De donde proceden nuestra languidez y nuestros sufrimientos, el hambre y la sed que nos atormentan, y estas cadenas que nos agobian y penetran en nuestras carnes?

Y se despejó su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habian si-

do condenados por su padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era el origen de todos sus males.

Todos pues, trataron de romper sus cadenas, pero ninguno lo consiguió.

Y mirándose unos á otros con ojos compasivos, y obrando en ellos el amor fraternal, dijeron: Asi como todos tenemos el mismo deseo ¿porque no hemos de tener igual valor? ¿No somos todos hijos del mismo Dios, y hermanos del mismó Cristo? salvémonos ó muramos juntos.

Y diciendo esto, se sintieron animados de una fuerza divina, y oí que sus cadenas estallaban, y combatieron seis dias contra los que los habian encadenado, y al sexto dia quedaron vencedores, y el sétimo fue dia de descanso.

Y la tierra, antes seca, reverdeció; y todos tuvieron libertad de comer sus frutos, y de ir y venir sin que nadie pudiese decirles: ¿Donde vais? por aqui no se pasa.

Y los niños cogian flores y las ponian en el regazo de sus madres, que les pagaban con una dulce sonrisa.

Y ya no hubo pobres ni ricos, sino que todos tenian con que satisfacer sus necesidades, porque todos se amaban y ayudaban como hermanos.

Y resonó en los cielos una voz como de un ángel que decía: Gloria á Dios que ha dado á sus hijos la inteligencia, la fuerza, y al Cristo que ha vuelto la libertad á sus hermanos.

XI.

Cuando se hace una injusticia á uno de vosotros, cuando en su viaje sobre la tierra le derriba el opresor á sus pies, nadie le oye aunque se queje.

El grito del infeliz sube hasta Dios, pero no llega á los oidos del hombre.

Y he dicho entre mí: ¿De donde nace tamaño mal?

¿Acaso el que ha criado así el rico como el pobre, y el débil como el fuerte, habrá apagado en los unos todo temor de castigo, y en los otros toda especie de remedio?

Y conocí que este pensamiento era un pensamiento horroroso, una blasfemia contra Dios.

Si la queja del mísero es desoída, es porque nadie piensa sino en sí, porque todos se separan de sus hermanos, porque cada uno está solo y quiere estar solo.

En la primavera, cuando toda la naturaleza se reanima, sale de la yerba un suave murmullo.

Este ruido es el conjunto de un sin número de voces de otros tantos insectos imperceptibles.

Sola, ninguna de ellas se oiria, pero todas à la vez forman un sonido perceptible.

Tambien vosotros estais ocultos entre la yerba; ¿porque no se percibe algun sonido?

Cuando quereis pasar un rio impetuoso, formais una cadena, agarrándoos unos á otros; y reunidos de esta suerte, cada uno vence sin trabajo la corriente, que solo, no hubiera podido vencer.

Haced otro tanto si quereis romper el curso de la iniquidad que os arrebatá cuando estais solos, y os estrella contra la orilla.

Sean lentas vuestras resoluciones, pero constantes. No os dejeis llevar ni del primero ni del segundo movimiento.

Pero si se os ha hecho alguna injusticia, principiad por desterrar todo rencor de vuestro corazon, y levantando los ojos, decid á vuestro padre que está en los cielos;

¡O Padre! vos sois el protector del inocente y el apoyo del oprimido, porque vuestro amor crió el mundo y vuestra justicia lo gobierna.

Vos quereis que reine sobre la tierra, pero los perwersos se oponen con pérfida malicia.

Por esto hemos resuelto combatir á los malvados.

¡O Padre! iluminad nuestro entendimiento, y dad fuerza á nuestros brazos.

Y hecha esta fervorosa plegaria, presentaos al combate y nada temais.

Acaso, para probar vuestra fé, os abandonará la victoria por un momento; no importa, ella volverá, y vuestra sangre será como la de Abel degollado por Cain, vuestra muerte como la de los mártires.

XII.

Era en una noche obscura, un cielo nebuloso cubria la tierra, cual cubre la tumba una losa de marmol negro.

Y solo interrumpia el silencio de aquella noche un ruido extraño como el de un ligero aleteo que de cuando en cuando se dejaba oír sobre las ciudades y sobre los campos.

Y entonces se aumentaban las tinieblas, la angustia oprimia el corazon, y un frio mortal discurria de vena en vena.

Y en una sala entapizada de negro, al resplandor rojizo de una sola lámpara, se veian sentadas sobre siete sillas de hierro otros tantos hombres vestidos de púrpura, y ceñidas las sienes con una corona.

Y en medio de la sala se elevaba un trono fabricado de osamenta; al pié del trono habia un crucifijo que servia como de escabel, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa una vasija llena de sangre roja y espumosa y un cráneo humano.

Y los siete hombres coronados parecian estar tristes y pensativos, y desde el fondo de sus hendidas órbitas, lanzaban de cuando en cuando sus ojos lívidos algunas miradas de fuego.

Y levantándose uno de ellos, se acercó temblando al trono, y puso un pié sobre el crucifijo.

En este momento, todos sus miembros se estremecieron, y pareció desmayarse; los demás les miraban sin hacer el mas leve movimiento; pero se vió en sus rostros no se que gesto feroz, y una sonrisa estraña contrajo sus labios de un modo horrible.

Y aquel que pareció iba á desmayarse, alargó la mano, echó sangre en el cráneo, y bebió.

Y pareció animarse con esta bebida.

Y alzando la cabeza, dijo con un grito semejante al estertor de un moribundo.

¡Maldito sea el Cristo que ha vuelto á traer la libertad al mundo!

Y los otros hombres coronados se levantaron á un tiempo, y á un tiempo dieron el mismo grito:

¡Maldito sea el Cristo que ha vuelto á traer la libertad al mundo.

Despues, volviéndose á sentar en sus sillas de hierro, dijo el primero:

Hermanos míos, ¿que haremos para apagar la libertad? porque nuestro reino se acabará si el suyo comienza. Proponga cada uno lo que mejor le parezca.

En cuanto á mí, he aquí el consejo que doy. Antes que el Cristo viniese, ¿quien se atrevia á levantar la cabeza delante de nosotros? Su religion nos ha perdido: abolamos la religion de Cristo.

Y respondieron todos: Cierto es. Abolamos la religion del Cristo.

Y se adelantó otro hacia el trono, echó sangre en el cráneo, la bebió, y dijo:

No solo hemos de abolir la religion, sino tambien la ciencia y el discurso; porque la ciencia da á conocer lo que no nos conviene que el hombre conozca, y el discurso está siempre pronto á rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos; Cierto es. Abolamos la ciencia y el discurso.

Y haciendo lo mismo que habian hecho los dos primeros, dijo el tercero.

Cuando hayamos sumido los hombres al embrutecimiento, quitándoles la religion, la ciencia y el discurso, habremos hecho mucho, pero aun nos quedará bastante que hacer.

El bruto tiene instinto y simpatias peligrosas. Es preciso impedir que un pueblo tenga comunicacion con otro, para evitar que si uno se queja y se rebela, se anime el otro á imitarle. No sepa un pueblo lo que pasa en otro pueblo.

Y respondieron todos: Cierto es. No sepa el pueblo lo que pasa en otro pueblo.

Y dijo el cuarto: Los intereses de los pueblos están en oposicion con los nuestros. Si los pueblos se unen para defender sus intereses, ¿como podremos resistirles?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interes contrario al de las otras aldeas, las otras ciudades y las otras provincias.

Así se aborrecerán unos à otros, y no pensarán en unirse contra nosotros.

Y respondieron todos: Cierto es. Dividamos para reinar: la reunion de los pueblos destruiria nuestro poder.

Y habiendo el quinto llenado dos veces el cráneo de sangre, y apurandole dos veces, dijo:

Apruebo todos estos medios, todos son buenos, pero no son suficientes. Convertir los hombres en fieras está bien; pero espantad estas fieras, aterradas por medio de una justicia inexorable y atroces suplicios; de lo contrario un dia ú otro os devorarian. El verdugo debe ser el primer ministro de un buen príncipe.

Y todos respondieron: Cierto es. El verdugo debe ser el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sexto dijo: Confieso la utilidad de los suplicios prontos, terribles é inevitables. No obstante hay almas

fuerles, y almas desesperadas, que arrostran los suplicios y la muerte.

¿Quereis gobernar los hombres á vuestro antojo? enervadles con deleites. La virtud sostiene la fuerza, y de nada nos sirve; agotémosla mas bien con la corrupcion.

Y respondieron todos: Cierto es. Valgámonos de la corrupcion para apagar la energía, la fuerza y el valor.

Entonces el séptimo, puesto de pie sobre el crucifijo, y habiendo bebido como los otros en el cráneo humano, habló de esta suerte:

No mas Cristo: guerra á muerte, guerra eterna entre él y nosotros.

Pero ¿como separaremos el Cristo de los pueblos? La empresa es imposible ¿Que haremos? Escuchad: ganemos los sacerdotes del Cristo dándoles riquezas, honores y poder.

Ellos intimarán al pueblo en nombre del Cristo que se someta en todo a nosotros, y mandemos lo que mandemos seremos obedecidos.

Y el pueblo los creerá, y obedecerá por conciencia, y nuestro poderío se afirmará mas y mas.

Y respondieron todos: Cierto es. Ganemos los sacerdotes del Cristo.

Y de repente se apagó la lámpara, y los siete hombres se separaron por entre las tinieblas.

Y fué dicho á un justo que en aquel momento velaba y oraba delante de la cruz. Mi dia se acerca. Adora y nada temas.

XIII.

Y al través de una niebla espesa y oscura, ví una llanura árida, desierta y fria, como la que aparenta la tierra á la hora del crepusculo.

En medio se elevaba un peñasco de donde caía gote

á gota una agua negruzca, y no se oía otro ruido que el ruido pausado y sordo que al caer hacian las gotas.

Y siete senderos, despues de haber serpenteado en el llano, iban á reunirse á la roca, y cerca de la roca, á la entrada de cada sendero, habia una losa cubierta de no sé que materia húmeda y verde semejante á la baba de un réptil.

Y he aquí que en uno de los senderos divisé como una sombra que se movia lentamente, y acercandose poco á poco la sombra, distinguí, no un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en la parte donde correspondia el corazon, tenia una mancha de sangre.

Y la sombra se sentó sobre la losa húmeda y verde, sus miembros tiritaban, y agachando la cabeza, cruzaba estrechamente los brazos como para retener un resto de calor.

Y por los otros seis senderos, otras tantas sombras llegaron sucesivamente al pie del peñasco.

Y tiritando todas, y cruzando estrechamente los brazos se sentó cada una sobre la losa húmeda y verde.

Y estaban allí silenciosas y agobiadas bajo el peso de una incomprendible angustia.

Y duró mucho tiempo su silencio, no sé cuanto tiempo, porque el sol jamas aparece en aquel llano: allí no hay noche ni dia. Las negras gotas que destila el peñasco son allí la única medida de una duracion monotoná, obscura, pesada, eterna.

Y todo esto formaba un cuadro tan horrible, que si Dios no me hubiese fortificado, no hubiera podido resistir su vista.

Y despues de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras alzó la frente, y salió de su pecho un sonido como el sonido seco y ronco que hace el viento en el amazon de un esqueleto.

Y retumbó esta voz en el peñasco, llegando á mi oído estas palabras:

Venció el Cristo; ¡ Maldito sea!

Y se estremecieron las demas sombras, y alzando todas á un tiempo la frente, salió de sus pechos la misma blasfemia.

Venció el Cristo: ¡ maldito sea!

Y al punto se apoderó de todas un temblor mas violento, se espesó la niebla, y dejó de correr un momento el agua de la peña

Y todas las sombras volvieron á caer en mortal angustia, y sucedió nuevo silencio mas largo que el primero.

En seguida, una de ellas, sin levantarse, cabisbaja é inmovil en su losa, dijo á los demas:

¡ Todos pues hemos corrido una misma suerte! ¿ De que han servido nuestros proyectos?

Y respondió otra sombra: La fé y el racionio han quebrantado las cadenas de los pueblos; la fé y el racionio han dado la libertad á la tierra.

Y dijo otra: Quisimos dividir los hombres: y nuestra opresion les ha unido contra nosotros.

Y otra: Hemos hecho correr arroyos de sangre, y esta sangre ha recaido sobre nuestras cabezas.

Y otra: Hemos sembrado la corrupcion, y la corrupcion ha echado raices dentro de nosotros mismos, y ha devorado hasta nuestros huesos.

Y otra: Hemos creido apagar la libertad, y su soplo ardiente ha secado hasta las raices de nuestro poder.

Entonces la séptima sombra:

El Cristo ha vencido: ¡ maldito sea!

Y todos á una vez respondieron.

El Cristo ha vencido: ¡ maldito sea!

Y ví que una mano mojó el dedo en aquella agua ennegrecida, cuyas gotas miden cayendo la duracion eter-

na, señaló con ella en la frente á las siete sombras, y las señaló para siempre.

XIV.

Vuestro paso sobre la tierra no dura sino un solo día, haced de modo que lo paseis en paz.

La paz es el fruto del amor; porque para vivir en paz hay que soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto; todos tenemos nuestras faltas, que son una carga para los demas; solo el amor puede hacerla soportable.

Si no podeis sufrir las faltas de nuestros hermanos, ¿como quereis que ellos sufran las vuestras?

Está escrito del hijo de María: Que así como habia amado á los suyos que estaban en el mundo, así los amó hasta el fin.

Amad pues á vuestros hermanos que están en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es infaligable, jamas se cansa. El amor es inagotable; vive y renace de sí mismo, y cuanto mas se dilata mas redundanda.

El que se ama á sí mismo mas que á sus hermanos, no es digno del Cristo que murió por sus hermanos. Si habeis dado vuestros bienes, dad tambien vuestra vida, y el amor os lo devolverá todo.

Os digo en verdad que el corazon del que ama es un paraíso en la tierra. Dios está en él, porque Dios es amor.

El hombre vicioso no ama, codicia: tiene hambre y sed de todo. Su vista, semejante á la de la serpiente, fascina y atrae, pero es para devorar.

El amor reposa en el seno de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡O! si supieses lo que es amar!

Decis que amais, y mientras vosotros nadais en la a-

bondancia, muchos de vuestros hermanos viven hambrientos, desnudos, sin un techo que los abrigue, ni un puñado de paja donde reclinarse.

Decis que amais, cuando hay tantos enfermos que padecen en su miserable lecho por falta de socorro, tantos infelices que lloran sin que nadie los acompañe en su llanto, tantos niños desnudos arrecidos de frío, que van pidiendo de puerta en puerta los desperdicios de la mesa del opulento, y ni aun esto pueden obtener.

¡Y aun decis que amais á vuestros hermanos! ¿Y que hariais si los aborrecieseis?

Y yo os digo que cualquiera que, pudiendo, no alivia los males de su hermano, es enemigo de su hermano; y cualquiera que, pudiendo, no satisface el hambre de su hermano, es su asesino.

XV.

Hay hombres en el mundo que ni aman á Dios, ni le temen; huid de ellos, porque exhalan un vapor de maldicion.

Huid del impio, porque mata con el aliento; pero no le aborrezcais, porque ¿quien sabe si Dios no ha cambiado ya su corazón?

Aun cuando, con la mayor buena fé, diga un hombre: No creo, se engaña casi siempre. Hay en el alma una raiz de lè que penetra hasta lo mas profundo, y que jamas se seca.

La palabra que niega á Dios abrasa los labios que la profieren; la boca que blasfema de Dios es un respirador del infierno.

El impio está solo en el universo. Todas las cria'uras alaban á Dios, todo cuanto respira en el mundo le bendice; todo cuanto pien-a le adora; el astro del dia y los astros de la noche le alaban en su lenguaje misterioso.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santificado.

Gloria á Dios en las alturas del Cielo.

Tambien ha escrito en el corazon del hombre, y los nuevos lo recuerdan con amor, cuando otros tratan de olvidarlo.

¡Paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad!

Su sueño es tranquilo, y mas tranquila su muerte, porque saben que vuelven al seno de su padre.

Así como el pobre trabajador, al declinar el dia, deja la labor, vuelve á su cabaña, y sentado en el umbral de la puerta, olvida sus fatigas contemplando el cielo: así, cuando llega la noche de la vida el hombre que ha esperado, vuelve lleno de júbilo á la casa paterna, y sentado en el vestíbulo, olvida las penas del destierro en las visiones de la eternidad.

XVI.

Dos hombres vivian vecinos: ambos eran esposos y padres de muchos niños sin mas medios de subsistir que su trabajo.

Y uno de estos hombres vivia inquieto pensando: Si muero ó caigo enfermo, ¿que será de mi muger y de mis hijos?

Y esta idea le perseguia sin cesar, y le roia el corazon, como el gusano roe el fruto donde está oculto.

Y bien que la misma idea hubiese ocurrido tambien al otro padre, jamas su imaginacion se habia fijado en ella, porque decia: Dios que vela sobre todas las criaturas, velará tambien sobre mí, sobre mi muger, y sobre mis hijos.

Y este vivia tranquilo, mientras el otro no disfrutaba un momento de reposo ni de alegria en su corazon.

Un dia trabajaba en el campo, triste y abatido con a-

quella zozobra, cuando vió que algunos pájaros entraban en un zarzal, y salían, y luego volvían à entrar.

Y acercándose entonces, vió dos nidos el uno al lado del otro, y en cada uno de ellos varios pájaritos que no habian echado pluma todavia.

Y volviendo al trabajo, levantaba de cuando en cuando la cabeza, y miraba aquellos pájaros que iban y venían llevando el alimento á sus hijuelos.

He aqui pues, que al momento de entrar una de las madres en el zarzal, el milano la prende, la arrebató, y la pobre madre procurando escapar de sus garras lanzaba agudos gritos.

Con tan doloroso espectáculo, acaba de afligirse el corazón del hombre que trabajaba, porque decia, la muerte de la madre es la muerte de los hijos, yo soy el único apoyo de los míos; que será de ellos si llego á faltarles!

Y todo el dia lo pasó en la angustia y la tristeza, y en toda la noche no pudo dormir.

Al dia siguiente, cuando volvió al trabajo: Quiero ver, dice, los hijuelos de aquella desgraciada madre; sin duda han perecido muchos de ellos. Y se acercó al zarzal.

Y miró, y vió que los pajarillos estaban llenos de vida, y que al parecer nada habian padecido.

Y admirado de esto, se ocultó para observar lo que pasaba.

Y á poco tiempo oyó un pio suave, y vió que la otra madre venia desalada á traer lo que habia recogido, y lo distribuyó indistintamente á todos los polluelos, y hubo para todos, y los huérfanos no quedaron abandonados en su desgracia.

Y el padre que habia desconfiado de la providencia contó por la noche al otro padre lo que habia visto.

Y este le dijo: ¿Porqué inquietarse? Jamas abandona

Dios á los suyos. Su amor tiene secretos que no están á nuestro alcance. Creamos, esperemos, amemos y sigamos en paz el camino de la vida. Si yo muero antes que vos, seréis el padre de mis hijos, si morís antes que yo, seré el padre de los vuestros.

Y si morimos antes que esten en edad de buscarse el sustento, les quedará por padre el Padre que está en los Cielos.

XVII.

¿No sentís vuestro corazón aliviado, y mas gozosa vuestra alma cuando habeis orado?

La oracion temple el dolor de la afliccion, mezclando en ella un no se que, de fortificante y suave, y hace mas pura la alegria, comunicándola un perfume celestial.

¿Que haceis sobre la tierra? ¿no teneis algo que pedir al que os ha puesto en ella?

Sois un caminante que busca su patria.

No camineis pues con los ojos bajos; abrid la vista para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo: ¿no sentís algun movimiento interior, cuando mirais al cielo? ¿no os insta algun deseo? ¿porqué no lo manifestais?

Dicen algunos: ¿De que sirve orar? ¿Que caso puede hacer Dios de unas criaturas tan miserables?

¿Quien crió pues estas criaturas? ¿quien las ha dotado de sentidos? ¿quien les ha comunicado la palabra y el pensamiento sino Dios?

¿Y habrá sido tan bueno con ellas, para abandonarlas en seguida y arrojarlas de su lado?

En verdad os digo, que aquel que dice en su corazón: Dios desprecia sus obras, blasfema de Dios.

Dicen otros: ¿de que sirve orar? no sabe Dios nuestras necesidades mejor que nosotros?

Si, Dios conoce vuestras necesidades, y por eso quiere que le pidais; porque Dios es vuestra primera necesidad, y orar á Dios es principiar á poseerle.

Un padre conoce las necesidades de su hijo: ¿Y dejará por eso el hijo de pedir al padre y darle gracias?

Cuando los animales padecen, cuando temen, cuando el hombre les acosa, prorumpen en un grito doloroso. Este grito es la súplica que dirigen á Dios, y Dios los escucha. ¿Sería pues el hombre el único ser de la creación que no dirigiese sus peticiones al Criador?

Alguna vez sopla en los campos un viento que agosta las plantas, y entonces sus troncos lánguidos se inclinan hácia la tierra; pero humedecidos por el rocío, recobran su frescura y enderezan sus ramas marchitas.

Tambien hay para nuestras almas vientos abrasadores que las marchitan. La oracion es el rocío que las refresca.

XVIII.

No teneis mas que un padre que es Dios; y un solo amo que es el Cristo.

Cuando se os diga de los poderosos de la tierra: He aquí vuestros amos, no lo creais. Si son justos, serán vuestros servidores; sino, serán vuestros tiranos.

Todos nacemos iguales: nadie viene al mundo con derecho de mandar.

Yo he visto en una cuna un niño llorando y babeando, y á su alrededor habia unos ancianos que le decian, Señor, y le adoraban puesto de rodillas. Y con esto comprendí cuanta es la miseria del hombre.

El pecado fué causa de que hubiese príncipes; porque los hombres, en lugar de amarse y ayudarse como hermanos, procuraron perjudicarse unos á otros.

Entonces escogieron uno ó muchos, los que creyeron mas justificados, à fin de proteger á los buenos contra los

perversos, y para que el debil pudiese vivir en paz.

Y el poder que ejercian era un poder legítimo, porque era el poder de Dios que quiere que reine la justicia, y era el poder del pueblo el que los habia elegido.

Y así es que cada uno se creia obligado en conciencia á obedecerlos.

Pero bien pronto algunos de los elegidos quisieron reinar por sí mismos, como si fuesen de una naturaleza superior á la de sus hermanos.

Y el poder de estos no es legítimo, porque es el poder de Satanás, y su dominio es el del orgullo y la codicia.

Y por esto, cuando no hay temor de que resulten mayores males, todos podeis, y alguna vez debeis en conciencia resistir su poder.

En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa mas que la de los reyes. El poder de los reyes viene de los pueblos, y no han sido criados los pueblos para los reyes, sino que los reyes se han hecho para los pueblos.

El padre celestial no ha formado los miembros de sus hijos para que sean martirizados con cadenas, ni creó sus almas para que fuesen abatidas por la servidumbre.

A todos los unió en familias, y las familias son todas hermanas; los unió en naciones, y todas las naciones son hermanas; y aquel que separa las familias, y separa las naciones, divide lo que Dios unió: hace una obra de Satanàs.

Y lo que une unas familias con otras, y las naciones con las naciones, es primero, la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y despues la ley de libertad, que es tambien la ley de Dios.

Porque, sin libertad ¿qué union existiria entre los hombres? Su union seria como la del caballo con el ginele, ó como la del látigo del amo con la piel del esclavo.

Si alguno se llega pues á vosotros diciendo: Sois mios.

No, responded, nosotros somos de Dios que es nuestro padre, y del Cristo que es nuestro único dueño.

XIX.

No os dejéis engañar con vanas palabras. Muchos porque han escrito en un papel la palabra libertad, y lo han fijado después en calles y plazas, tratarán de persuadiros que sois verdaderamente libres.

La libertad no es un cartel que se lee por las esquinas. Es una virtud activa que obra interior y exteriormente; es el genio protector del hogar domestico, la garantia de los derechos sociales, y el primero de estos derechos.

El opresor que se disfraza con su nombre, es el peor de todos los opresores. Mezcla la mentira con la tirania, y la injusticia con la profanacion; porque el nombre de libertad es sagrado.

Desconfiad pues de aquellos que vociferan: Libertad, Libertad, y que la destruyen con sus obras.

¿Sois por ventura vosotros los que elegis vuestros gobernantes, que os dicen podeis hacer esto, pero no podeis hacer aquello; que gravan con impuestos vuestros bienes, vuestra industria y vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿como decís que sois libres?

¿Podeis disponer de vuestros hijos á vuestro modo, y confiar á quien mejor os parezca el cuidado de instruirlos, y la direccion de su educacion? Y si no podeis hacerlo, ¿como decís que sois libres?

Las aves, y aun los mismos insectos se reunen para hacer en comunidad lo que ninguno de ellos podria hacer por sí solo. ¿Podeis reuniros vosotros para tratar de vuestros intereses, para defender vuestros derechos, para buscar algun alivio á vuestros males? Y si no podeis hacerlo, ¿como decís que sois libres?

¿Podeis cambiar de habitacion ó de domicilio sin obtener antes un permiso, usar de los frutos de la tierra y del producto de vuestro trabajo, mojar el dedo en el agua del mar y dejar escurrir una gota en la miserable vasija de tierra donde cuece vuestro alimento para salarlo, sin esponeros à pagar una multa y veros sumidos en un calabozo? Y si no podeis hacerlo, ¿como decís que sois libres?

¿Podeis asegurar, al tiempo de acostaros, que nadie vendrá durante vuestro sueño á registrar vuestra casa, á arrancaros del seno de vuestra familia, y sepultaros en una cárcel, porque un gobierno suspicaz y temeroso habrá desconfiado de vosotros? Y si no podeis asegurarlo, ¿como decís que sois libres?

La libertad brillará entre vosotros, cuando á fuerza de valor y perseverancia, consigais sacudir todas estas trabas.

La libertad brillará entre vosotros, cuando digais en el fondo de vuestro corazon: Queremos ser libres; cuando para conseguirlo, no perdoneis sacrificios ni padecimientos.

La libertad brillará entre vosotros, cuando puestos al pié de la cruz en que murió Cristo para salvarnos, jureis morir unos por otros.

XX.

El pueblo no està en estado de comprender sus verdaderos intereses. ¿No debe guiar al ciego el que tiene vista?

Así razonan muchos hipócritas que quieren manejar á los pueblos para cebarse con la sustancia de los pueblos.

Vosotros, dicen, no sois capaces de comprender vuestros verdaderos intereses; y con este pretexto no os per-

miten disponer de lo que es vuestro si quereis emplearlo con utilidad, maneándolo ellos contra vuestra intencion en cosas que os repugnan y disgustan.

No sois capaces, dicen, de administrar los cortos bienes del comun, ni de distinguir lo bueno y lo malo, ni de conocer vuestras necesidades y satisfacerlas; y con este pretexto os enviaràn un agente cuyo crecido sueldo habeis de pagar á vuestras costas, y que manejará vuestros bienes á su talento obligándoos hacer lo que no querais.

No sois capaces de discernir la educacion que conviene dar á vuestros hijos; y por pura compasion enviarán estos hijos á unas sentinas de impiedad y corrupcion, á menos que no prefirais privarlos de toda clase de instruccion.

No sois capaces de juzgar si con el salario de vuestro trabajo podeis sostener vuestra familia, y se os prohibirá, bajo las mas severas penas, concertaros unos con otros para obtener un aumento de jornal con el cual podais manteneros, vosotros, vuestras familias y vuestros hijos.

Si todo cuanto dice esta raza hipócrita y famélica fuese cierto, seriais bien inferiores á las bestias, porque las bestias sin otro auxilio que el instinto, conocen lo que aquellos sicofantas aseguran no puede discernir vuestra razon.

No os crió Dios para ser conducidos como un rebaño por algunos hombres privilegiados. Os ha criado para vivir libremente en sociedad como hermanos: y un hermano no debe mandar nunca á su hermano. Los hermanos se unen entre sí por mútuos convenios, y estos convenios son la ley, y la ley debe ser respetada; todos estan obligados á unirse para impedir que la ley sea violada, porque es la salvaguardia de todos, la voluntad y el interés de todos.

Sed hombres : nadie tiene bastante poder para ataros al yugo á pesar vuestro ; pero si quereis doblar la cerviz , dobladla enhorabuena.

Hay animales estúpidos que viven encerrados en los establos , à quienes se alimenta interin puedan trabajar , y que despues , cuando son viejos , se engordan , para matarlos , y que nos sirven de pasto.

Otros hay que viven en los campos en plena libertad , que nadie puede domarlos , que no se dejan seducir por caricias engañosas , ni vencer por amenazas ni duros tratamientos.

Estos son emblema del hombre animoso ; aquellos lo son del cobarde.

XXI.

Comprended de una vez el modo de ser libres.

Para ser libres , debeis ante todas cosas amar á Dios , porque si amais à Dios obrareis segun su voluntad ; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad sin las cuales no puede haber libertad.

Cuando por violencia ó por astucia se toma lo que pertenece á otro ; cuando se ataca su persona ; cuando en lo que es lícito se le impide de obrar á su gusto ; ó se le obliga á obrar contra su gusto ; cuando se atropellan sus derechos , ¿ cual es el resultado ? una injusticia. Pues la injusticia destruye la libertad.

Si los hombres no cuidasen mas que de si mismos sin acudir al socorro de los demas , el pobre se veria obligado á tomar la hacienda del rico para vivir , y hacer vivir á los suyos ; el debil seria oprimido por el poderoso : y este por otro que fuese aun mas poderoso. Reinaria la injusticia en el mundo. La caridad es pues la que conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas , al prójimo como

à vosotros mismos, y desaparecerá la esclavitud.

Pero mirad que los que se utilizan de la esclavitud de sus hermanos, harán todo lo posible para prolongarla. Emplearán para conseguirlo la mentira y la violencia.

Os dirán que el dominio de unos y la esclavitud de otros es el orden establecido por Dios, y no temerán blasfemar de la providencia à trueque de conservar su tiranía.

Respondedles que su Dios es Satanás, el enemigo del género humano; y que el vuestro es el que venció à Satanás.

Lanzarán sus esbirros contra vosotros; edificarán cárceles y calabozos para encerraros, os perseguirán à sangre y fuego; os atormentarán, y vuestra sangre correrá como el agua de las fuentes.

Si no estais pues resueltos à pelear hasta el fin, à soportarlo todo antes que rendiros, à no ceder jamas, ó no descansar, guardad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que no sois dignos.

Así como el reino de Dios, la libertad sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia con que conseguireis la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y bandidos, la injusticia, la crueldad y la venganza; sino una firme ó inflexible voluntad, un valor noble y generoso.

La causa mas sagrada se convierte en una causa impía y execrable cuando se apela al crimen para sostenerla. El malvado puede pasar de esclavo à tirano, pero sin detenerse en la gradacion de hombre libre.

XXII.

¡ Señor! Clamamos á vos desde el fondo de nuestra

miseria.

Como los animales que no hallan pasto para sus erias.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como la oveja que separan de su cordero.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como la paloma que el milano arrebató.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como la gacela entre las garras del tigre.

¡ Clamamos á vos Señor !

Como el caballo rendido de fatiga, y ensangrentado por la espuela.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el pájaro herido, perseguido por el sabueso.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como la golondrina que, atravesando los mares, cede al cansancio, y cae aleteando sobre las olas.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el caminante perdido que no halla un manantial en medio de las abrasadas arenas del desierto.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como náufragos en una costa esteril.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el que se halla cerca de un cementerio á la hora en que principia la noche, y ve un espectro horroroso entre las sombras.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el padre á quien arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el preso que ha encerrado el poderoso en un calabozo húmedo y tenebroso.

¡ Clamamos á vos, Señor !

Como el esclavo que ve desgarrada su piel por el látigo.

¡Clamamos à vos, Señor!

Como el inocente que llevan al suplicio.

¡Clamamos á vos, Señor!

Como el pueblo de Israel en su cautividad.

¡Clamamos á vos, Señor!

Como los descendientes de Jacob cuando el Rey de Egipto hizo abogar en el Nilo sus primogénitos.

¡Clamamos á vos, Señor!

Como las doce tribus cuando sus opresores les aumentaban en trabajo, acortándoles al mismo tiempo el alimento.

¡Clamamos á vos, Señor!

Como todas las naciones de la tierra antes que luciese la aurora de la redencion.

¡Clamamos á vos, Señor!

Como Cristo sobre la cruz cuando dijo: ¿Padre mio, Padre mio? ¿porque me has abandonado?

¡Clamamos á vos, Señor! y decimos:

¡O Padre! No habeis abandonado vos á vuestro hijo sino en apariencia, y por un solo momento: tampoco abandonareis á los hermanos del Cristo. Su divina sangre los ha rescatado de la esclavitud del príncipe de este mundo, y los rescatará de la esclavitud de los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos atravesadas, abiertos sus costados, y cubiertas sus cabezas de sangrientas llagas. En la tierra que les disteis por herencia se ha abierto un vasto sepulcro; se han amontonado allí unos sobre otros, y se ha sellado la losa con un sello sobre el que se ha grabado por mofa vuestro santo nombre. ¡Y yacen allí, Señor! pero no para siempre. Tres dias mas y el sello sacrilego, y la losa, todo se hará pedazos y despertarán los que duermen, principiara el reino del Cristo que es justicia, y caridad y alegria en el Espíritu Santo, *Amen.*

XXIII.

Nada sucede en el mundo que no sea precedido de alguna señal.

Antes de salir el sol, se ven mil variados matices en el horizonte, y el Oriente aparece como un volcan.

Antes de estallar la tempestad en el mar, se oye en la orilla un ruido sordo, y las olas se agitan como por si mismas.

Las innumerables diversas ideas que se cruzan y mezclan al horizonte del mundo espiritual, son la señal que anuncia la salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso y el inquieto bullicio de los pueblos son la señal precursora de la tempestad que debe pasar bien pronto sobre las naciones estremecidas.

Estad preparados, porque los tiempos se acercan.

En aquel dia habrá grandes angustias, y gritos tales cuales no se han oído desde los dias del diluvio.

Los reyes aullarán en sus tronos; tratarán de detener con ambas manos sus coronas agitadas por los vientos, y al fin ellos y ellas serán arrebatados por el torbellino.

Los ricos y los poderosos de la tierra huirán desnudos de los palacios para no verse sepultados bajo sus ruinas.

Se verán errantes por los caminos pidiendo á los pasajeros algunos andrajos con que cubrirse, ó un pedazo de pan negro para aplacar su hambre: ¡ y quien sabe si lo conseguirán !

Y habrá hombres que se sentirán sedientos de sangre, que adorarán la muerte, y querran que los demas la adoren.

Y la muerte estenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y esta bendicion penetrará hasta sus razones que cesarán al punto de latir.

Y los sabios se confundiran en su ciencia, que no se-

rá á sus ojos sino una sombra imperceptible cuando aparezca el sol de las inteligencias.

Y á medida que vaya elevándose, su calor disolverá las nubes agrupadas por la tempestad, y se reducirán á un ligero vapor que un viento suave arrojará hácia el Occidente.

Jamas se habrá visto el cielo tan sereno, ni la tierra tan verde y tan fecunda.

Y en lugar de este debil crepúsculo que llamamos dia, saldrá del cielo un resplandor vivo y puro como un reflejo de la cara de Dios.

Y viéndose á esta luz, dirán los hombres: Ni unos ni otros nos conocíamos, no sabíamos lo que es el hombre. Ahora lo sabemos.

Y todos se amarán en sus hermanos, y se contemplarán dichosos en servirlos, y no habrá grandes y pequeños, porque el amor lo iguala todo, y todas las familias formarán una sola familia, y todas las naciones una sola nación.

He aquí el sentido de las letras misteriosas que los Judios fijaron en su ceguedad sobre la cruz del Cristo.

XXIV.

Era una noche de invierno. Un recio viento soplaba para fuera, y la nieve emblanquecia los tejados.

Bajo uno de ellos, y arrimadas al hogar, una anciana, cubierta de canas y una jóven trabajaban para ganar su subsistencia.

Y de cuando en cuando la muger anciana arrimaba al fuego sus manos pálidas é yertas para calentarlas. Una candileja de barro iluminaba aquella pobre estancia, y un rayo de su escasa luz dejaba distinguir apenas una estampa de la Virgen pegada á la pared.

Y la jóven, alzando sus hermosos ojos, contempló si-

lenciosa durante algunos momentos los nevados cabellos de su compañera y la dijo: Madre mia, no siempre habeis vivido en esta escasez.

Y su acento, al decir estas palabras, era tan tierno y cariñoso que no es facil explicarlo.

Y la muger anciana contestó: Hija mia, Dios dispone como dueño; lo que él hace está bien hecho.

Dichas estas palabras, calló algunos instantes, y en seguida continuó:

Cuando perdí á tu padre, creí que mi dolor no hallaria consuelo, sin embargo tú me quedabas; pero mi corazon trasasado no lo percibia.

Despues he pensado que si viviese mi esposo y nos viesse en esta miseria, la pena destrozaria su alma; y he conocido que Dios le habia hecho un beneficio.

Nada respondió la jóven; pero bajó sus ojos, y algunas lágrimas que no pudo contener cayeron sobre la labor que tenia entre las manos.

La madre continuó: Dios que ha sido bueno para él, lo ha sido tambien para nosotras. Nada nos ha faltado, cuando hay tantos que nada tienen.

Cierto es que hemos tenido que reducirnos á vivir con poco, y aun á ganar este poco con nuestro trabajo; pero este poco ¿no nos ha bastado? y ademas ¿no ha sido el hombre condenado al trabajo desde la cuna?

Dios por su bondad nos ha dado el pan de cada dia, ¡cuantos hay que no lo tienen! Tambien nos ha dado un techo, y ¡cuantos hay que viven en la intemperie!

Dios en fin me ha dado una hija ¿de que puedo quejarme?

A estas últimas palabras cae la jóven enternecida á los pies de su madre; toma sus manos, las besa y vierte en su seno un delicioso llanto.

La madre entonces, esforzándose á levantar la voz: ¡Hija mia! le dice: la felicidad no consiste en tener mu-

cho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está en la tierra, ni tampoco nuestro amor, y si está, no es sino de paso.

Después de Dios tú eres todo para mí en este mundo; pero este mundo desaparece como un sueño, y por esto mi amor se dirige contigo hacia otro mundo.

Cuando te llevaba en mis entrañas, dirigí un día con insólito ardor mis oraciones á la Virgen Maria, y luego se me apareció en sueños, y me pareció que con celestial sonrisa me presentaba una tierna criatura.

Y la tomé en mis brazos, y la Virgen Madre ciñó sus sienes con una corona de cándidas rosas.

Pero después naciste, y aquella agradable vision estaba siempre presente á mis ojos.

Mientras hablaba así la muger anciana, estrechaba á su hija contra su corazón.

Algun tiempo después una alma santa vió elevarse hacia el cielo dos cuerpos luminosos, y una multitud de ángeles los acompañaban, y resonaba el aire con sus alegres cánticos.

XXV.

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que percibis no es mas que un eco grosero de la voz íntima y misteriosa que adora, ruega y gime en el seno de la creacion.

Porque toda criatura gime y padece, esforzándose á llegar á la vida verdadera, á pasar de las tinieblas á la luz, de la region de las apariencias á la de las realidades.

Este sol que nos parece tan hermoso, tan brillante, no es sino el velo, el emblema oscuro del verdadero sol, sol que ilumina y enardece las almas.

Esta tierra tan fresca, tan fecunda, no es mas que la pálida mortaja de la naturaleza, porque la naturaleza

degradada fué precipitada en la tumba al mismo tiempo que el hombre, pero como él resucitará.

Cubiertos con la grosera corteza de la carne, os pareceis al viajero de una caravana, que acostado en su tienda, ve ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo verdadero está cubierto con un velo á vuestros ojos.

El que recoge su espíritu, puede concebir de él una ligera idea. Unos agentes secretos que dormitan en nuestro interior, despiertan por un instante, alzan una punta del velo que el tiempo sujeta con su arrugada mano, y se reflejan en nuestra alma las maravillas del mundo de la verdad.

Estais sentados en las orillas del océano de los seres, pero no podeis penetrar en sus abismos. Camináis entre tinieblas á lo largo del mar, y no veis sino un poco de espuma que las olas arrojan á la orilla.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como el feto en el vientre de la madre esperando el instante de su nacimiento; como el insecto alado en el gusano que se arrastra por la tierra, deseando salir de esta cárcel para volar hácia el empireo.

XXVI.

¿Quien corria para ver al Cristo y oír su divina palabra? El pueblo.

¿Quien seguia sus pasos en la montaña, en el desierto, para escuchar su doctrina? El pueblo.

¿Quien quiso elegirlo por rey? El pueblo.

¿Quien tendia sus capas y recibía con palmas al Cristo, gritando ¡Hosana! cuando entró en Jerusalem? El pueblo.

¿Quien se escandalizaba de que curase los enfermos el dia del sábado? Los escribas y fariseos.

¿Quién decía de él: Es un poseído? ¿Quién le llamaba gloton y dísoluto? Los escribas y fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemador? ¿Quiénes le ligaron para hacerle morir, para crucificarlo en el Calvario entre los ladrones?

Los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes con sus cortesanos, el gobierno romano, y el príncipe de los sacerdotes.

La astucia hipócrita de estos malvados engañó al mismo pueblo; le incitaron á pedir la muerte del que lo habia alimentado en el desierto con siete panes; del que daba salud á los enfermos, vista á los ciegos, oído á los sordos, y volvía á los perclusos el uso de sus miembros.

Pero Jesús, viendo que se habia seducido aquel pueblo como la serpiente sedujo á la muger, oró á su padre, diciendo: Padre mio, perdonadlos porque no saben lo que se hacen

Y sin embargo han pasado diez y ocho siglos, y el Padre no los ha perdonado aun, y arrastran su suplicio por toda la tierra, y hasta el vil esclavo se considera humillado entre ellos.

La misericordia del Cristo no admite exclusion. Vino al mundo no para salvar algunos hombres, sino á todos los hombres. Para cada uno de ellos, tuvo una gota de sangre. Amaba con predileccion á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á todos los que padecian.

Su corazon latia con el corazon del pueblo, y el corazon del pueblo latia con el del Cristo.

Y allí, sobre el corazon del Cristo es donde los enfermos se recobran, y donde los pueblos oprimidos toman fuerzas para sacudir el yugo.

¡Desdichados los que se alejan de él, los que le reniegan. Su miseria es irremediable, y eterna su esclavitud.

XXVII.

Se han visto épocas en que el hombre degollaba al hombre de diversa creencia, pensando hacer un sacrificio agradable á Dios.

Abominad estos execrables homicidios.

El homicidio seria agradable á los ojos del Dios que dijo al hombre: No matarás.

Cuando se vierte la sangre del hombre como una ofrenda hecha á Dios, los demonios acuden á librarla y entran en el cuerpo del que la ha vertido.

Cuando no hay esperanza de convencer principia la persecucion, y el que desconfia de convencer, ó blasfema en su corazon del poder de la verdad, ó no está seguro de la verdad de las doctrinas que publica.

¡Hay mayor insensatez que decir al hombre. Cree ó muere!

La fé es hija del verbo; penetra en los corazones, no con el puñal sino con la palabra.

Jesus pasó por el mundo, haciendo bienes, atrayendo con su bondad, enterneciendo con su dulzura los corazones mas duros.

Sus divinos labios bendecian, y no maldecian sino á los hipócritas. No escogió sus apóstoles entre los verdugos.

Decia á los suyos: Dejad crecer el trigo malo con el bueno, el padre de familias ya sabrá separarlo en la era.

Y á los que le instaban para que hiciese bajar fuego del cielo sobre un pueblo incrédulo: Todavía no conocéis el espíritu que debe animaros.

El espíritu de Jesus es un espíritu de paz, de misericordia y amor.

Los que persiguen en su nombre, los que sondean las conciencias con la espada, los que dan tormento al cuer-

po para convertir el alma, y hacen correr las lágrimas en lugar de enjugarlas, no estan animados del espíritu de Dios.

¡Desgraciado el que profana el Evangelio, convirtiéndolo en un objeto de terror para el hombre! ¡Desgraciado el que moja su pluma en sangre para escribir la buena nueva!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo se os arrastraba al cadalso, se os esponia en el circo á las bestias feroces para divertir al populacho, se os enviaba por millares al fondo de las minas y á los calabozos, se confiscaban vuestros bienes; os veiais despreciados, hollados por vuestros tiranos, no teniais otro asilo para celebrar vuestros proscritos misterios que las entrañas de la tierra.

Y ¿qué decian vuestros perseguidores? Decian que esparciais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, como ellos la llamaban, turbaba el órden y la paz pública; que infractores de las leyes y enemigos del género humano, trastornabais el imperio, trastornando la religion del imperio.

Y en aquella angustia, bajo aquella opresion, ¿qué es lo que pedias? la libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y adorarle segun vuestra conciencia. Así pues cuando otros, aunque su creencia no sea la vuestra, reclamen de vosotros este derecho sagrado, respetadlo en ellos, así como queriais que los paganos lo respetasen en vosotros.

Respetadlos para no mancillar la memoria de aquellos confesores de la fé, y no ajar las cenizas de vuestros mártires.

La persecucion es una espada de dos filos; lo mismo hiere á derecha que á izquierda.

Si no os acordais de la doctrina del Cristo, acordaos á lo menos de las catacumbas.

XXVIII.

Conservad cuidadosamente en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia deserrando de entre vosotros las discordias y disensiones.

Lo que origina las discordias y disensiones; lo que engendra los pleitos; escándolo de los hombres de bien y ruina de las familias, es la sórdida avaricia, la insaciable pasion de adquirir y poseer.

Combatid pues esta pasion que Satanás procura mantener en vuestros corazones.

¿Que sacareis de todas las riquezas que hayais amontonado, sea por medios viles sea por medios honrados? Poco basta á la corta vida del hombre.

Las malas leyes son causa tambien de interminables disensiones.

Y ¿cuantas leyes hay en el mundo que no sean malas?

¿Que otra ley necesita el que tiene la ley del Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y el que tiene esta ley en el corazon puede juzgarse facilmente á si mismo.

Escuchad lo que sé me ha dicho.

Los hijos del Cristo, si tienen cuestiones entre sí, no deben ventilarlas ánte los tribunales de los que oprimen y corrompen la tierra.

¿No hay ancianos entre ellos, y estos ancianos ¿no son sus padres naturales que conocen y aman la justicia?

Presentaos pues á uno de estos ancianos y decidle: Padre mio, mi hermano y yo no hemos podido acordarnos en nuestra disension. Decidid pues entre nosotros.

Y el anciano oirá al uno y al otro, y juzgará entre ellos, y cuando haya juzgado los bendicirá.

Y si se someten á este juicio, la bendicion recaerá sobre ellos; sino, recaerá sobre el anciano que habrá hablado con justicia.

Todo es posible para los que están unidos, sea para el bien, sea para el mal. El día pues que os unais será el día de vuestra libertad.

Cuando los hijos de Israel estaban oprimidos en Egipto, si cada uno de ellos, olvidándose de sus hermanos, hubiese tratado de salir solo, ninguno lo hubiera conseguido; pero salieron todos á un tiempo, y nadie pudo detenerlos.

Tambien vosotros estáis en la tierra de Egipto encorvados bajo el cetro de Faraon y bajo el látigo de sus exactores. Clamad al Señor, vuestro Dios, levantaos despues y salid juntos.

XXIX.

Cuando se enfrió la caridad, y principió la injustia á progresar sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus servidores: Vé á encontrar de mi parte al pueblo, y anuncia-le lo que verás; y lo que verás sucederá infaliblemente, á menos que dejando las vias de perdicion no se arrepienta y se convierta á mí.

Y el servidor de Dios obedeció su mandato, y revisitiéndose de un saco y cubriendo de cenizas su cabeza fué á encontrar aquella multitud, y en alta voz decia.

¿Porque irritais al Señor para perdicion vuestra? Dejad las malas vias, arrepentios y convertios á Dios.

Y los unos se sentian conmovidos con estas palabras; pero los otros se burlaban diciendo: ¿Quien es este? ¿Que dice? ¿Quien le ha dado facultades para reprendernos? Este hombre es algun loco.

Y he aquí que el espíritu de Dios inspira al profeta, y su vista penetra los tiempos, y los siglos pasan delante de él.

Y rasgando de repente su vestidura: Así, dice, perecerá la familia de Adam.

Los hombres de iniquidad han medido la tierra con cuerdas, han contado los habitantes cabeza por cabeza como se cuenta un rebaño.

Repartámonos esto, han dicho, y sirvámolos como una especie de moneda.

Y el reparto se ha hecho, y cada uno ha tomado lo que le tocó, y la tierra y sus habitantes se han convertido en una herencia para los hombres de iniquidad, y consultando unos con otros han dicho: ¿Cuanto vale nuestra posesion? y todos á un tiempo han contestado: Treinta dineros.

Y han principiado á traficar unos con otros con esos treinta dineros

Ha habido compras, ventas, cambios; hombres trocados por tierra, tierra por hombres, y oro para pico.

Y cada uno ha codiciado la parte del otro, y han Principiado á degollarse mutuamente, y con la sangre de sus heridas han escrito *Derecho* en un pedazo de papel, y en otro *Gloria*.

¡Basta, basta, Señor!

He aqui que dos tiran su gancho de hierro sobre un pueblo, y cada uno se lleva un giron.

La cuchillá ha pasado y repasado. ¿Oís esos gritos que destrozan el corazon? Son los quejidos de las tiernas esposas, los lamentos de las madres.

Dos espectros se escurren entre las sombras, y corren las ciudades y los campos. El uno descarnado como un esqueleto roe el hueso de un animal inmundo; el otro tiene una postilla negra y hediendo en el sóbaco, y los chacales le siguen aullando,

¡Señor, Señor! será eterna vuestra ira! ¡No se ha de levantar vuestro brazo sino para herir! Perdonad á los padres por conmiseracion hácia los hijos. Doleos del llanto de estas tiernas criaturas que no saben todavía distinguir su mano derecha.

El mundo se ensancha; la paz va á renacer, y habrá lugar para todos.

¡O desgracia! la sangre reboza y ciñe la tierra como una faja de fuego.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia teniendo en una mano una copa de veneno, y acariciando con la otra una prostituta que le llama padre?

La raza de Adam, dice, me pertenece; ¿quienes son los mas fuertes de entre vosotros y se la repartiré?

Y cumple lo que ha prometido, y sin levantarse de su trono señala á cada uno su porcion.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va creciendo, y se abalanzan unos á otros, y se oyen rechinar entre sus dientes los huesos y la carne aun palpitante.

Se establece un mercado, se traen á él las naciones con la cadena al cuello, se estiman los hombres al peso, al tacto, al paso, á la carrera. Se valúa su precio; y ya no es el tumulto y la confusion de antes, es un comercio bien ordenado.

Dichosos los pájaros del aire, y los animales de la tierra; nadie los sujeta; van y vienen como y por donde mejor les parece.

¿Que significan esas muelas que giran sin cesar?
¿Que es lo que muelen?

¡Hijos de Adam! esas muelas son las leyes de vuestros gobernantes, y vosotros sois el grano

Y á medida que el Profeta iba descubriendo en el porvenir sus siniestros vaticinios, un misterioso terror se apoderaba de sus oyentes.

De repente cesó de hablar, y quedó como absorto en su pensamiento. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el corazon y palpitando de angustia.

Entonces el profeta ¡Señor! dijo, no, no habeis olvidado á este pueblo en su miseria: no lo habeis en-

tregado para siempre á sus opresores.

Y tomó dos ramos, y despegándolos de hojas, los cruzó uno sobre otro y los elevó en el aire diciendo: He aquí vuestra salud, en esta señal venceréis.

Y sobrevino la noche, y el profeta desapareció como una sombra que pasa, y la multitud se dispersó por todas partes entre las tinieblas.

XXX.

Si despues de una gran sequedad, cae una lluvia mansa, la tierra chupa ansiosa el agua que la refresca y la fecundiza.

Asi las naciones sedientas beberán ansiosas las palabras de Dios, cuando baje del cielo como un suave rocío.

Y la justicia con el amor, y la paz, y la libertad brotarán en los corazones.

Y sucedará como en el tiempo en que todos eran hermanos, y no se oirá la voz imperiosa del amo ni el quejido del esclavo; el gemido del pobre, ni los suspiros de los oprimidos, sino cánticos de alegría y bendicion.

Dirán los padres á sus hijos: Nuestros primeros dias han sido dias de turbacion, de lagrimas y de angustias; pero ahora se pone el sol en presencia de nuestra alegría. ¡Bendito sea el Señor que nos ha dejado gozar tanto bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: La pena, el dolor y la inquietud trazaron en otro tiempo profundos surcos en estas frentes que ahora veis tan serenas y tranquilas. Las vuestras se parecen á la superficie de una laguna en la primavera cuando ningun viento la bate. ¡Bendito sea Dios que nos ha dejado ver tanto bien antes de morir!

Y se acercarán los jóvenes á las doncellas, y les dirán: Sois bellas como las flores del campo, puras como el rocío que él refresca, como la luz que las matiza. Gozo nos causa ver á nuestros padres, y gozo el estar al lado de nuestras madres; pero cuando os ven nuestros ojos, cuando nos hallamos á vuestro lado, experimentamos una sensación que no tiene nombre sino en el cielo. ¡Bendito sea el Señor que nos ha dejado gozar tanto bien antes de morir.

Y las doncellas contestarán: Las flores se marchitan y perecen; un día llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las matiza. Solo la virtud prevalece en la tierra; jamas se marchita, jamas perece. Nuestros padres son como la espiga que se maja de grano, y nuestras madres como la cepa que se carga de fruto en el otoño. Gozo nos causa ver á nuestros padres, y gozo el estar al lado de nuestras madres, y tambien nos causan gozo los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Bendito sea el Señor que nos ha dejado gozar tanto bien antes de morir!

XXXI.

Y he visto una haya de una altura prodigiosa. Desde el pié hasta la copa ostentaba sus enormes ramas que cubrían toda la tierra de alrededor, de manera que estaba toda seca; ni aun yerba se veía en ella. Al pié de este árbol gigante nacia un roble, que despues de elevarse algun tanto, se encorbaba, se torcia, se estendia despues horizontalmente, volvía á elevarse, y de nuevo se torcia, en fin sacaba su copa débil y deshojada por entre las ramas vigorosas de la haya para respirar un poco de aire y disfrutar algun rayo del sol.

Y pensé en mi interior. He aquí como crecen

los débiles á la sombra de los poderosos.

¿ Quien se acerca á los poderosos de la tierra ? ¿ Quien los rodea ? No es por cierto el miserable ; á este se le despide ; se teme que su vista ofenda las miradas del poderoso ; se le aleja con cuidado de su presencia, de sus palacios ; ni siquiera se le permite atravesar los jardines cuya entrada está franca para todo el mundo sino para él , porque su cuerpo desfigurado por el trabajo apenas está cubierto con los asquerosos andrajos de la indigencia.

¿ Quien rodea pues á los poderosos ? Los ricos y los aduladores que buscan riquezas , las prostitutas , los ministros infames de sus placeres secretos , los farsantes y bufones , los locos que distraen sus conciencias , y los falsos profetas que las dirigen.

¿ Quien mas ? Los hombres violentos y astutos , los agentes de la opresion , los duros exactores , todos aquellos en fin que dicen : Entregad el pueblo entre nuestras manos ; y nosotros haremos pasar su oro á vuestras arcas , y su sustancia á vuestras venas.

Dó yace el cadáver las águilas se reunen.

Los pajarillos hacen su nido entre las matas , y las aves de rapiña sobre las copas de los árboles elevados.

XXXII.

Los árboles principiaban á despojarse de sus hojas : un anciano , cargado con un haz de leña , volvía lentamente á su cabaña situada en la pendiente de una colina.

Y por la garganta del valle , por entre algunos árboles esparcidos aquí y allá , se veían los rayos oblicuos del sol , que casi tocaba ya el horizonte , jugar entre las nubes del poniente , matizándolas de mil colores que poco á poco se iban disipando.

Y llegando el anciano à su cabaña, único bien que poseía con un pequeño campo contiguo, dejó caer el haz de leña se sentó sobre un escaño de madera ennegrecido por el humo, é inclinó su cabeza sobre el pecho, quedando en una profunda meditacion.

Y de cuando en cuando salia de lo intimo de su pecho una voz trémula, y ahogada entre penosos sollozos.

Un solo hijo tenia, y me lo han arrebatado; no tenia mas riquezas que una vaca, y se la han llevado para pagar el tributo de mi campo.

Y esclamaba despues con uua voz débil: ¡Hijo mio, hijo mio! Y una sola lágrima, que no dejaba correr la fuerza del dolor, venia á humedecer sus cansados párpados.

Asi se entregaba á la afliccion, cuando oyó una voz que decia: ¡Padre mio, la bendicion del Señor sea con vos y con todos los vuestros!

¡Los míos! dijo el anciano, ninguno existe ya; estoy solo en el mundo

Y alzando los ojos, vió un peregrino que estaba en pié à la puerta de la cabaña apoyado en su bordon; y sabiendo que Dios es quien envia los huéspedes, le dijo el anciano:

Dios os vuelva vuestra bendicion, hijo mio. Entrad, cuanto posee el pobre es para el pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de leña, se puso á preparar la cena para el peregrino.

Pero nada bastaba á disipar la memoria que oprimia su corazon. Allí estaba siempre fija.

Y conociendo el peregrino la causa de su amarga pena: Padre mio, le dijo: Dios os prueba por mano de los hombres. No obstante aun hay miserias mayores que vuestra miseria. No es el oprimido el que mas padece; padece aun mas el opresor.

Hizo el anciano un signo negativo con la cabeza sin responder.

Entonces dijo el peregrino: Pronto creereis lo que ahora dudais.

Y haciéndole sentar, puso las manos sobre los ojos del anciano que cedió á un sueño semejante al sueño pesado, tenebroso y lleno de horror que se apoderó de Abraham cuando Dios le hizo ver las futuras desgracias reservadas á su descendencia.

Y soñó que le trasportaban á un vasto palacio cerca de un lecho, y al lado del lecho habia una corona, y acostado en el lecho un hombre que dormia, y todo lo que pasaba en el interior de aquel hombre lo veia el anciano, al modo que uno vé todo lo que pasa cuando está medio dormido,

Y el hombre que estaba allí, acostado en aquel lecho de oro, oia como tos gritos confusos de una multitud que pide pan; estos gritos formaban un murmullo semejante al que hacen las olas durante la borrasca cuando se estrellan en las orillas. Y la tempestad se aumentaba, y se aumentaba el ruido, y el hombre que dormia veia hincharse las olas á cada momento, y chocar contra las murallas del palacio, y hacia esfuerzos violentos como para huir, y no podia, y su angustia era terrible.

Mientras el anciano lo estaba contemplando con horror, fué trasportado de repente á otro palacio. Aquí habia otro hombre acostado mas parecido á un cadaver que á un ser animado.

Y soñaba tambien, y veia una multitud de cabezas separadas del tronco, y abrian todas la boca y decian:

Nos habiamos sacrificado en tu servicio, y ¡he aquí la recompensa! Duerme, duerme; nosotros no dormimos, no: velamos esperando la hora de la venganza que está próxima.

Y se iba majando la sangre en las venas del hombre dor-

mido. Y se decia á sí mismo: ¡Si à lo menos pudiese dejar mi corona á esa inocente criatura! Y sus miradas vagarosas se fijaban en una cuna sobre la cual se habia colocado una diadema de reina.

Pero cuando principiaba á sosegar y consolarse con esta idea, otro hombre cuyas facciones se asemejaban á las suyas, agarró la criatura y la estrelló contra la pared.

Y el anciano se sintió deslallecer de horror.

Y en el mismo instante se sintió trasportado á dos distintos sitios, que aunque realmente estaban separados, no formaban mas que un solo sitio á su vista.

Y vió dos hombres que á escepcion de la edad, podian equivocarse por su semejanza, y comprendió que el mismo pecho los habia alimentado en su infancia.

Y el sueño de ambos era como el del sentenciado á quien espera el suplicio. Varios espectros envueltos en unas túnicas sangrientas pasaban por delante de ellos, y los tocaban al pasar; y sus músculos se encogian con violenta contraccion, como para evitar aquel contacto mortifero.

Despues se miraban uno á otro con espantosa sonrisa, y se inflamaban sus ojos, y sus manos se agitaban por un movimiento convulsivo sobre el mango de un agudo puñal.

En seguida vió el anciano un hombre pálido y desecado, los cuidados y las sospechas se agolpaban al redor de su lecho, destilaban su veneno sobre su rostro, murmuraban en voz baa palabras siniéstras, y hundian lentamente sus uñas afiladas dentro de su cráneo empapado en un sudor frio. Y un espectro de forma humana, pálido como la mortaja que le cubria, se acercó à él, y sin decir palabra, le mostró con el dedo una señal lívida que le ceñia la garganta. Y entonces crujieron los huesos del hombre que yacia en el lecho, entreabrió su boca un grito de terror, y se dilataron sus párpados de un

modo espantoso.

Y el anciano horrorizado, fué trasportado á otro palacio mas grande.

Y el que dormia allí apenas podia respirar. Un espectro negro encaramado sobre su pecho le miraba haciendo ridículos visages Y le hablaba al oido, y sus palabras se convertian en visiones en el alma de aquel hombre, á quien estrujaba y hollaba con sus huesos descarnados.

Y rodeaba el lecho una multitud innumerable dando gritos espantosos.

Nos prometiste libertad, nos has dado esclavitud.

Nos prometiste que reinarias segun las leyes, y no hay mas leyes que tus caprichos.

Nos prometiste que no tocarias el pan de nuestras mugeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para aumentar tus tesoros.

Nos prometiste la gloria, y nos has grangeado el odio y el desprecio de las demas naciones.

Baja, baja, y vé á confundirte con los perjuros y tiranos.

Y se sintió precipitado, arrastrado por aquella multitud, y se asia á unas talegas de oro, y las talegas rebenaban, y salia el oro, y caia en tierra.

Y le parecia verse sumido en la miseria, y que teniendo sed pedia por caridad que le diesen de beber, y que le presentaban un vaso de agua cenagosa. y que todos huian de él, que todos le maldecian porque llevaba en su frente la marca de los traidores.

Y el anciano apartó de él su vista con tedio.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres que no soñaban otra cosa que suplicios; porque decian: ¿Donde habrá seguridad para nosotros? El suelo está minado bajo nuestros pies; las naciones nos detestan; hasta los niños piden á Dios en sus oraciones que libre al mundo

de nuestra presencia.

Y uno de ellos condenaba à la *dura prision*, es decir à todos los tormentos del cuerpo y del alma, unos desgraciados que sospechaba habian pronunciado la palabra *Patria*, y el otro, despues de haber confiscado sus bienes, mandaba sepultar en un calabozo dos doncellas acusadas de haber asistido à sus hermanos que estaban heridos en un hospital.

Y cuando se afanaban en esta ocupacion de verdugos, llegaron unos mensajeros.

Y dijo uno de ellos: Vuestras provincias del Sur han roto sus cadenas; y armados sus habitantes con los pedazos, han arrojado vuestros gobernadores y vuestros soldados.

Y el otro dijo: Vuestras águilas han sido hechas astillas en las orillas del gran rio, y la corriente las arrebatà.

Y los dos reyes se retorcian las manos de rabia en sus lechos.

Y el anciano vió aun otro rey. Este habia desterrado à Dios de su corazon, y en su corazon habia ocupado el lugar de Dios un gusano que le roia sin cesar; y à medida que crecía su angustia, se entre oia blasfemar, y sus labios se cubrian de un asqueroso y rojizo espumarajo.

Y le pareció hallarse en un llano inmenso, solo con el gusano que le roia. Y aquel llano era un cementerio. ¡El cementerio de un pueblo degollado!

Y he aquí que de repente se estremece la tierra; ábrense las tumbas, y levantándose los muertos de tropel, se adelantan hácia él.

Y todos los muertos, hombres, mugeres y niños, le miraban silenciosos; y à poco rato, guardando siempre el mismo silencio, agarraron las losas de sus sepulcros, y principiaron à colocarlas àl rededor de él.

Y le llegaban primero hasta las rodillas, y despues hasta el pecho, y despues hasta la boca, y alargaba con ansia los músculos de su cuello para respirar una vez mas, y el edificio iba subiendo hasta que su cima se perdió en una nube oscura.

Las fuerzas iban faltando ya al anciano; su alma sucumbia al terror.

Y he aqui que despues de atravesar varias habitaciones desiertas, en una alcoba, sobre un lecho que apenas dejaba percibir la pálida luz de una pequeña lámpara, vió un hombre trabajado por los años.

.

Y esta fué la última vision, y despertándose el anciano dió gracias á la providencia por haberle revelado una parte de los males de la vida.

Y el peregrino le dijo: Esperad y orad; todo se obtiene con la oracion. Vuestro hijo no está perdido para vos; vuestros ojos le volverán á ver antes de cerrarse. Esperad en paz los dias de Dios.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIII.

Los males que afligen á la tierra no vienen de Dios, porque Dios es todo amor, y cuanto dispone es para el bien; vienen de Satanàs á quien Dios maldijo, y de los hombres que reconocen á Satanás por padre y por dueño.

Pero los hijos de Satanás son numerosos sobre la tierra, y conforme van pasando, Dios escribe sus nombres en un libro sellado que será abierto y leído delante de todos al fin de los siglos.

Allí están escritos los nombres de los egoistas; estos son nombres de odio, porque no amar sino á

sí mismo es odiar á los demas.

Los de los orgullosos que no pueden sufrir iguales, que siempre quieren mandar y dominar.

Los de los avaros que siempre piden oro, honores, fruiciones, sin verse jamas satisfechos.

Los de los hombres de rapiña que están acechando al debil para despojarlo por fuerza ó por astucia, y que rondan por las noches la casa de la viuda y la del huérfano.

Los de los asesinos que no tienen sino ideas violentas; que dicen; Sois hermanos nuestros, y matan á los que llaman hermanos, cuando sospechan que se oponen á sus designios, y escriben leyes con la sangre de sus víctimas.

Los de los temerosos que tiemblan delante de los perversos y les besan las manos, confiados en que así se librarán de su opresion, aquellos que cuando un inocente es atacado en la plaza ó en la calle, corren á meterse en sus casas y cerrar las puertas.

Todos estos hombres han destruido la paz, la seguridad y la libertad sobre la tierra.

Si quereis volver á gozar de paz, seguridad y libertad, combatid contra ellos.

La ciudad que han edificado es la de Satanás, y vosotros habeis de edificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, cada uno ama á su hermano, así es que nadie se ve abandonado, nadie padece si su pena es remediabile.

En la ciudad de Dios, todos son iguales, nadie domina, porque solo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, todos poseen lo que es suyo sin temor y sin desear lo de los demas, porque allí lo que es de uno es de todos, y todos poseen á Dios que es el conjunto de todos los bienes.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica los demas á

su bienestar, antes bien cada uno está pronto á sacrificarse por los demas.

Si un malvado se introduce en la ciudad de Dios, todos se separan de él, y todos se unen para contenerle ó para arrojarle, porque el malvado es enemigo de cada uno en particular, y el que allí es enemigo de uno lo es de todos.

Cuando hayais restablecido la ciudad de Dios, volverá á prosperar la tierra, y volverán á prosperar los pueblos; porque entonces quedarán vencidos los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asolan la tierra, los orgullosos, los avarientos, los asesinos y los temerosos.

XXXIV

Si los opresores de las naciones se viesen abandonados á sus propias fuerzas, sin apoyo, sin auxilio, ¿que podrian contra ellas.

Si, para esclavizarlas, no contasen con otra ayuda que la de aquellos que sacan provecho de la esclavitud, ¿que podria tan corto número contra pueblos enteros?

La divina sabiduria ha dispuesto las cosas de este modo á fin de que los hombres puedan resistir siempre á la tiranía; y la tiranía no existiria si los hombres comprendiesen aquella sabiduria.

Pero han apartado su corazon á otros pensamientos, y los dominadores del mundo han opuesto á la divina sabiduria, que los hombres no comprendian, la malicia del príncipe de este mundo de Satanás.

Así Satanás, que es el rey de los opresores de las naciones, les sugirió para afirmar su tiranía una noticia infernal.

He aquí lo que debeis hacer, les dijo:

Apoderaos de los jóvenes mas robustos de cada familia, dadles armas y enseñadles como las han de manejar, y

peleerán por vosotros contra sus padres y hermanos, porque yo les persuadiré que esta accion es gloriosa.

Yo les haré dos ídolos que se llamarán *Honor y Fidelidad*, y una ley que se llamará *obediencia ciega*.

Y adorarán estos ídolos, y se someterán ciegamente á esta ley, porque yo seduciré sus ánimos, y no tendreis ya nada que temer.

Y los opresores de las naciones hicieron lo que Satanás les habia encargado, y Satanás tambien cumplió lo que habia prometido á los opresores de las naciones.

Y entonces se vió á los hijos del pueblo asestar sus armas contra el pueblo, degollar á sus hermanos, encadenar á sus padres, y olvidar hasta las entrañas donde recibieron la vida.

Cuando se les decia: ¡ Por lo mas sagrado que hay, pensad en la justicia en la atrocidad de lo que se os manda! Nosotros, contestaban, no pensamos, obedecemos.

Y cuando se les decia: ¿ Se ha estinguido en vuestros corazones el amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos y á vuestras hermanas? Nosotros, contestaban, no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares de Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que lo ha salvado: Esos decian, son los Dioses de la patria; los nuestros son los de aquellos que la gobiernan: la *Fidelidad* y el *honor*.

Os digo en verdad; desde que la serpiente sedujo la primera muger, no ha habido seduccion mas fatal que esta.

Mas su término se acerca; el genio del mal puede fascinar las almas justas, pero es por corto tiempo, su ofuscamiento pasa como un sueño espantoso, y al despertarse bendicen á Dios por haberlas librado de aquel tormento.

Algunos dias mas, y los que combatian por los opresores combatiran por los oprimidos; los que combatian por esclavizar á sus padres, á sus madres, sus hermanos

y hermanas, pelearán por libertarlos.

Y Satanás huirá, y volverá á sepultarse en sus cavernas, acompañado de los opresores de las naciones.

XXXV.

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear por Dios, y por los altares de la patria.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear por la justicia, por la santa causa de los pueblos, por los sagrados derechos del hombre.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresion, para romper sus cadenas, y las cadenas de todos los pueblos.

El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

Voy á pelear contra los hombres iníquos en favor de aquellos á quienes han derribado y hollado con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear para que no sean todos patrimonio de unos pocos, para romper el yugo que inclina las cervices, y fortalecer las rodillas que se doblegan.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear para que los padres no maldigan el dia en que les fué dicho: Os ha nacido un hijo; ni las madres aquel en que le aplicaron á sus pechos.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero !

¿ Donde vas, jóven guerrero ?

Voy á pelear para que el hermano no se aflija al ver

que su hermana se marchita como la flor que la tierra no quiere nutrir; para que no lllore la hermana al despedirse del hermano que parte para no volver.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear para que todos coman en paz el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los niños que piden pan y se les responde: No hay pan; nos han quitado el que quedaba.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear á fin de que el pobre no se vea despojado para siempre de la herencia comun.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear para desterrar el hambre de las cabañas; para devolver á las familias la abundancia, la seguridad y la paz.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear para dar á aquellos que los opresores han sepultado en los profundos calabozos, el aire que falta á sus pulmones y la luz que en vano buscan sus ojos.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear para romper las barreras que separan los pueblos, impidiéndoles abrazarse como hijos de un mismo padre, destinados á vivir unidos en un mismo amor.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á pelear para librar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra y la conciencia.

¡ El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿ Donde vas, jóven guerrero?

Voy á combatir por las leyes eternas bajadas del cielo, por la justicia que protege el derecho, por la caridad que dulcifica los males inevitables.

¡El cielo bendiga tus armas, jóven guerrero!

¿Donde vas, jóven guerrero?

Voy à pelear para que todos tengamos un solo Dios en el cielo, y una misma patria en la tierra.

¡Benditas, y siete veces benditas sean tus armas, jóven guerrero!

XXXVI.

Os debatis inutilmente en vuestra miseria. Vuestros deseos son buenos, pero no sabeis como debéis realizarlos.

Tened bien presente esta máxima: Solo puede volver la vida el que es dueño de la vida.

Nada conseguireis si no contais con Dios,

Os revolveis á todos lados en el lecho del dolor: ¿y que alivio habeis encontrado?

Habeis abatido algunos tiranos, y los han reemplazado otros peores.

Habeis abolido las leyes de esclavitud, y las han reemplazado leyes de sangre á que han sucedido nuevas leyes de esclavitud.

Desconfiad de los hombres que se os interponen á Dios para ocultarlo á vuestra vista. Sus designios no pueden ser buenos.

Porque la fuerza con que se alcanza la libertad, y el amor con que se estrecha la union, todas nacen de Dios.

¿Qué puede hacer en favor vuestro un hombre cuya única pauta es su parecer; que no reconoce otra ley que su voluntad?

Aun suponiéndole de buena fé, y que no desee sino

el bien, su voluntad formará la ley, sin mas regla que su parecer.

Y así obran los tiranos.

¡Inútil fatiga! Trastornarlo todo, esponerse á todo para sustituir tiranía á tiranía.

La libertad no consiste en que domine este ó aquel, sino en que ninguno domine.

Donde no reina Dios, no debe dominar el hombre; así ha sucedido siempre.

El reino de Dios es el reino de la justicia en el entendimiento y de la caridad en el corazón: su fundamento en la tierra es la fe en Dios, y la fe en el Cristo que ha promulgado la ley de Dios, la ley de Caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos los hombres son iguales delante del padre comun que es Dios, y delante de su único dueño que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña á amarse y ayudarse mutuamente como hijos de un mismo padre, como discípulos de un mismo maestro.

Y entonces son libres, porque ninguno manda si no ha sido elegido libremente por los demas para mandar, ni puede privarseles de la libertad, porque todos están unidos para defenderla.

Pero lo que os dicen: Sin nosotros no sabriais lo que es justicia; la justicia no viene de Dios sino del hombre: fiaos de nosotros si la necesitais y quedareis satisfechos.

Estos os engañan, ó bien se engañan á si mismos si os prometen sinceramente la libertad.

Porque exigen que los reconozcáis por dueños, y de este modo vuestra libertad no seria otra cosa que haber cambiado de dueño.

Respondedles que vuestro dueño es el Cristo, que es el único que reconoceis, y el Cristo os volverá la libertad.

Necesitais mucha paciencia y un valor constante: porque no podeis vencer en un dia.

La libertad es el pan que debe ganar el hombre con el sudor de su frente.

Muchos hay que principian con ardor, pero que se desaniman y acobardan antes que llegue el tiempo de coger el fruto.

Son semejantes á aquellos hombres tibios y cobardes, que no queriendo soportar el trabajo de arrancar la mala yerba de sus campos á proporcion que va creciendo, siembran y no cogen, porque han dejado sofocar la semilla.

Os digo en verdad, que en donde hay semejantes hombres sobrevendrá la esterilidad.

Tambien se asemejan á aquellos hombres que edifican una casa para habitarla, y no se cuidan de cubrirla por ahorrarse un poco de trabajo.

Llegan los vientos y las lluvias, la casa se desploma, y los que la habitan quedan sepultados éntre sus ruinas.

Aun cuando vuestra esperanza salga fallida: no solo siete veces sino setenta veces siete, no perdais por eso la esperanza.

Si teneis fé en ella, triunfará al cabo la justa causa; que el que persevera hasta el fin se salva.

No digais: Esto es demasiado padecer por un bien que acaso no podremos gozar.

Si este bien tarda, si no lograis gozarlo sino por poco tiempo, y aun cuando no logrased gozarlos un solo dia, lo lograrán vuestros hijos.

No tendrán otra herencia que la que les dejeis, ved pues si quereis dejarles cadenas, azotes, y ham-

bre por herencia.

El que se pone á examinar lo que vale la justicia, profana la justicia en su corazon; y el que se pone á tantear lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazon á la libertad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayais pesado. Aprended pues á apreciar su valor. Hay pueblos que jamas lo han conocido, y jamas ha habido miseria igual á la suya.

Nada hay mas grandioso en la tierra que la resolucion firme de un pueblo, que bajo la proteccion de Dios, marcha sin desalentarse á conquistar los derechos que Dios le concedió; que no contando las heridas que recibe, los dias sin descanso, las noches sin reposo, dice: ¿Qué valen estos sacrificios? Todavía son cortos si á precio de ellos se ha de conseguir la justicia y la libertad.

Podrá experimentar infortunios, reveses, traiciones, podrá verse vendido por algun Judas. No importa, que no se desanime.

Porque en verdad os digo, que aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo resucitaria al tercero dia, triunfante de la muerte, vencedor del príncipe de este mundo, y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXXVIII.

El labrador soporta el peso del dia; se espone al sol; al agua y á los vientos para preparar la cosecha que debe llenar sus graneros al otoño.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

El comerciante no perdona fatiga alguna ni se queja por mas trabajos que padezca; se consume y olvida el sueño para conseguir algunas riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Atraviesa el marinero los anchos mares, se abandona, se entrega al furor de las olas y tempestades, aventura su vida entre los escollos, y sufre el rigor de la intemperie para lograr algun descanso en la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sufre el soldado las mas duras privaciones, vela, combate y derrama su sangre por la que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si existe un pueblo que aprecia menos la justicia y la libertad que lo que aprecia su cosecha el labrador, un pedazo de pan el artesano, las riquezas el mercader, el descanso el marinero, y la gloria el soldado, levantad un alto muro al rededor de este pueblo para que su pestífero aliento no infeste el resto de la tierra.

Cuando llegue el gran dia en que han de ser juzgados los pueblos, se le dirá: ¿De que te ha servido la razon? No has dado muestra ni señal de ella. No has buscado mas que el placer de los sentidos, has preferido vivir en el fango: ve pues á pudrirte en el fango.

Por el contrario el pueblo que habrá preferido en su corazon los verdaderos bienes á los bienes materiales; que no habrá perdonado para conseguirlos, trabajo, fatiga, ni sacrificios algunos, oirá estas consoladoras palabras.

Para los que tienen una alma, la recompensa de las almas. Has preferido á todo la libertad y la justicia; ven pues á disfrutar para siempre la justicia y la libertad.

XXXIX.

¿Creeis que la suerte del buey que halla prepa-

rado su pasto en el establo, para atarlo despues al yugo, ó que se engorda para la carniceria, sea mas envidiable que la del toro que busca su alimento en los bosques?

¿Creeis mas envidiable la suerte del caballo que se embrida y enjaeza, y cuyo pesebre está siempre provisto, que la del garañon libre y sin trabas que relincha y retoza en la pradera.

¿Creeis preferible la suerte del capon que halla con abundancia el grano en su corral, ó la del gorrion que no sabe por la mañana donde hallará el sustento por aquel dia?

¿Creeis mas apetecible la vida del que se pasea tranquilamente en uno de estos parques á que se da el nombre de reino, que la del fugitivo, que errando de bosque en bosque y de montaña en montaña, camina animado de la esperanza de crearse una patria?

¿Creeis que el imbecil siervo sentado á la mesa del señor saboree con mas gusto sus delicados manjares que el soldado de la libertad su racion de pan negro?

¿Creeis que el que duerme con el cordel á la garganta sobre el mezquino gergon que le da su amo, disfrute mas tranquilo sueño que el que despues de haber combatido todo el dia para no depender de un ámo, descansa algunas horas de la noche en su campo sobre la dura tierra?

¿Creeis menos pesada la cadena de la esclavitud que arrastra el cobarde que la que sujeta al hombre animoso que cayó prisienero por la libertad?

¿Creeis mas envidiable la muerte del hombre tímido espirando en su lecho, ahogado por el aire pestilente que despide la tiranía, que la del hombre constante que entrega su alma á Dios en el cadalso, tan libre como la recibió de él?

Tado es trabajos, todo es padecimientos en la tierra;

pero hay trabajos estériles, y trabajos fecundos; padecimientos infames y padecimientos gloriosos.

XL.

Lejos de su patria caminaba errante por el mundo.
¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por en medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. ¡El desterrado en todas partes está solo!

Cuando al declinar el día veía yo salir el humo de una cabaña oculta en el fondo de un valle, decía entre mí: ¡Dichoso el que encuentra por la noche el hogar doméstico y se sienta en medio de los suyos! ¡El desterrado en todas partes está solo.

¿Donde van esas nubes que arrebatan el huracán? También me arroja á mí.... ¿Y que importa donde? ¡El desterrado en todas partes está solo.

Hermosos son estos árboles, y hermosas también estas flores. Pero no son los árboles ni las flores de mi país: nada dicen á mi corazón. ¡El desterrado en todas partes está solo!

Este arroyuelo atraviesa con sesgo curso la pradera: pero su murmullo no es el que oí en mi infancia: ninguna idea excita en mi memoria. ¡El desterrado en todas partes está solo!

Suaves son estos cánticos; pero las tristezas y alegrías que despiertan en mi pecho no son ni mis alegrías ni mis tristezas. ¡El desterrado en todas partes está solo!

Me han preguntado porque lloraba. Lo he dicho; y nadie ha llorado conmigo, porque nadie comprendía. ¡El desterrado en todas partes está solo.

He visto ancianos rodeados de sus hijos como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me ha llamado hijo, ni ninguno de sus hijos me ha llamado

hermano. ¡El desterrado en todas partes está solo!

He visto hermosas doncellas que miraban con una sonrisa mas dulce y pura que la del alba al tierno objeto de su amor; ninguna de estas miradas se ha fijado en mí.

¡Eldesterrado en todas partes está solo!

He visto gallardos mancebos abrazarse tan estrechamente como si quisiesen hacer una sola vida de sus vidas, ninguno me ha apretado ni quiere la mano. ¡El desterrado en todas partes está solo!

No hay amigos, esposas, padres ni hermanos, sino con la patria. ¡El desterrado en todas partes está solo!

¡No suspires mas, pobre desterrado! Todos lo están como tú, todos ven pasar y dasaparecer padres, hermanos, esposas y amigos.

La patria no está en la tierra; no es aquí donde el hombre debe buscarla; lo que el hombre toma por patria no es sino el albergue de una noche.

Errante camina por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

XLI.

Y la patria me fué mostrada en una vision.

Me vi elevado sobre la region de las sombras, y vi como el tiempo las arrebatava con una celeridad inespliable á través del vacío, tal como el austro arrebatava los ligeros vapores que se elevan á lo lejos en la llanura.

Y subí, y subí mas todavia; y las realidades invisibles á los ojos materiales se me manifestaron, y ví unos sonidos que no tienen éco en este mundo fantástico.

Y todo cuanto oia y veia tenía un espíritu de vida tal, y mi alma lo percibia con tal potencia, que cuando habia creído ver hasta aquel momento me pareció un sueño vago.

¿Como podria yo esplicarme de modo que me com-

prendiesen los hijos de las tinieblas? No he caído también con ellos desde la cumbre de la eterna luz al seno de la noche en la region del tiempo y de las sombras?

Ví como un océano inmóvil, inmenso, infinito, y en este océano tres océanos: un océano de fuerza, un océano de luz, y un océano de vida; y estos tres océanos, penetrando uno dentro de otro sin confundirse, no formaban sino un solo océano, una misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era **EL QUE ES**, y en lo íntimo de su ser, un nudo inefable unía entre sí tres personas cuyos nombres me fueron revelados, y sus nombres eran el Padre, el Hijo, el Espíritu; y habia allí una generacion misteriosa, un aliento misterioso, lleno de vida, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran **EL QUE ES**.

Y el padre se me representaba como una potencia que, en el seno del ser infinito con quien está identificada, no tiene sino un solo acto permanente, completo, ilimitado, que es el mismo ser infinito.

Y el hijo se me representaba como una palabra permanente, completa, ilimitada, que espresa lo que obra la potencia del padre, lo que es, lo que es el ser infinito.

Y el espíritu se me representaba como el amor, la efusion, la aspiracion mútua del padre y del hijo, animándolos de una vida comun; de una vida permanente, completa, ilimitada, al ser infinito.

Y estos tres no eran sino uno; estos tres eran Dios, y se unían y confundían en el impenetrable santuario de la sustancia indivisible; y esta union, esta fusion producian en el seno de la inmensidad la eterna alegria el eterno deleite de aquel que es.

Y en los abismos de este océano infinito de existencia, nadaba, flotaba, y se dilataba la creacion, cual se dilatarian en medio de un mar sin límites los bordes de una isla que fuese estendiendose incesan-

temente sobre las aguas.

Ella se desenvolvía como una flor que teniendo en el agua sus raíces, estiende sobre la superficie sus filamentos y sus corolas.

Y veía yo encadenarse unos seres con otros, producirse y desarrollarse en su infinita variedad, empapándose y alimentándose de un jugo que jamas se agota, de la fuerza, de la luz y de la vida de AQUEL QUE ES.

Y cuanto hasta entonces habia estado oculto para mí, se descubria à mis ojos libre de la corteza que envuelve los seres materiales.

Rotas las trabas terrestres, pasaba yo de un mundo á otro como pasa acá bajo nuestro pensamiento de idea en idea; y despues de haberme confundido, abismado entre estas maravillas de la potencia, de la sabiduria y el amor, me confundia y abismaba de nuevo en el manantial mismo del amor, de la sabiduria y de la potencia.

Y conocí cual es la verdadera patria; y me embriagué de luz, y mi alma, arrebatada entre raudales de armonía, se adormecia sobre las ondas celestes, en un éxtasis inefable.

Y ví el Cristo á la derecha del padre dispidiendo rayos de gloria inmortal.

Y le veía tambien como un místico cordero inmolado sobre el altar; ejércitos de ángeles, y de hombres rescatados con su preciosa sangre le rodeaban, y con cánticos de alabanzas le daban gracias en el lenguaje de los cielos.

Y una gota de sangre del Cordero caia sobre la naturaleza lánguida y marchita que de repente se trasfiguró; y todas las criaturas que encierra en su seno palpitaron con una nueva existencia, y todas, elevando la voz, decian:

11.100

Santo, santo, santo es el que ha derrocado el mar,
y vencido la muerte.

Y el Hijo reclinó su cabeza en el seno del Padre,
y el Espíritu los envolvió con su sombra, pasó entre
ellos un misterio divino, y se estremeció en silencio
la bóveda celeste.



